

Los bellos durmientes se estrenó en el Teatro Coliseum de Santander el 18 de agosto de 1994, con el siguiente

REPARTO

(por orden de intervención)

DIANA (26 años)	Amparo Larrañaga
CLAUDIO (26 años)	Carlos Lozano
MARCOS (40 años)	Eusebio Poncela
NIEVES (53 años)	M. ^a Luisa Merlo

FICHA TÉCNICA

ESCENOGRAFÍA.....	Andrea D'Odorico
MÚSICA ORIGINAL.....	Víctor Mariñas
DIRECCIÓN	Miguel Narros

NOTA PREVIA

En un momento en que, entre nosotros, el Teatro agoniza (y, en contra hasta de la etimología de esta palabra, agoniza sin lucha), no he querido buscar modelos en otros espectáculos de mayor vitalidad o más de moda. He preferido ahondar en el modelo eterno del Teatro: situaciones y diálogos. Porque quizá sea él el que nos ha dejado a nosotros —no nosotros a él—, harto de nuestra ingratitud y de nuestra vanidad.

Mi intención ha sido escribir una comedia para jóvenes, en un lenguaje anterior y posterior al suyo, y, por tanto, comprensible para todos. Dentro de ella, los corazones y las mentes evolucionan, se enriquecen, se aceptan; seducen y se dejan seducir a la vez; se entrelazan en las escaramuzas del amor; se fortifican frente a una sociedad enemiga; se alían entre sí; dormitan, sueñan y se despiertan. Se despiertan todos, a excepción de los que están completamente seguros de su camino, o de los que

se niegan a averiguar cuál sea, o de los que lo emprenden demasiado tarde.

No he pretendido reflejar la realidad ni en la anécdota ni en su expresión. El realismo en arte o existe siempre o no existe jamás. El arte tiene su propia realidad, producto de la digestión de quien lo crea: es como la vida, pero no es la vida. Si trata de copiarla, se equivoca. Ella, más caótica y exacta, resulta irrepresentable y no coincide con nuestros minúsculos propósitos.

ANTONIO GALA.

DECORADO ÚNICO: EL PISO DE DIANA

Un gélido paraíso de diseño decorativo y de tecnología doméstica, con dos o tres niveles, donde están presentes los últimos gritos de lo audiovisual y de lo culinario. Teléfono y televisión ultramodernos. Una sauna. Un minigimnasio. Una máquina de juegos. Una cocina aséptica —y no usada— con todos los adelantos imaginables e inimaginables. Un robot, un poco inútil, que finge hacer la limpieza de este espacio, donde una mota de polvo resaltaría como un insulto grave. Todo es de metacrilato, cristal, acero y formica blanca. Una clínica parecería, en comparación, abigarrada como un zoco. Al fondo, grandes cristalerías con estores blancos preceden a una terraza con un ajardinado casi japonés.

Una pared transparente y corrediza, con cortinas no siempre echadas, separa la sala de estar del dormitorio de DIANA, al fondo, que no recuerda en nada a un dormitorio.

El suelo del apartamento lo cubre una moqueta marfil. Los muebles son de diseño, y vagamente se distingue un largo sofá, unas formas extrañas que acaso sirvan de asiento, una posible mesa...

Lo que quizá sean unas puertas deben de dar a algún cuarto de baño, a una habitación de huéspedes y a la escalera.

El decorado evoluciona al mismo ritmo que DIANA; a lo largo de la historia se humaniza, se ruboriza, se colorea, se calienta, se acomoda. Van apareciendo grandes cojines, mandalas, kakemonos, telas orientales, flores y pájaros contrahechos de colores muy cálidos... El vestuario de los dos jóvenes también cambia: se hace menos estridentemente significativo (significativo no tanto por su apariencia cuanto por su intención).

PRIMERA PARTE

CUADRO PRIMERO

Después de una breve pausa entran, desde el exterior, DIANA y CLAUDIO. Vienen ya conversando. Sus atuendos son extremadamente correctos, caros, convencionales, y muy semejantes.

DIANA.—El precio del dinero no es alto hoy en día, para deleite...

CLAUDIO.—*(La interrumpe.)* ¿Deleite?

DIANA.—*(Agresiva.)* Sí, deleite. *(Continúa su perorata.)* Para deleite de quienes confían en que así se acelere la recuperación económica. Los mercados incluso vaticinan algún recorte adicional a medio plazo. Esta misma tarde lo he oído en el bufete.

CLAUDIO.—*(Siempre moderado.)* Sin embargo, si la caída de tipos continúa, la banca va a tener que esforzarse mucho para no sufrir a ese medio plazo el estrechamiento de los márgenes financieros en su cuenta de resultados.

DIANA.—Es que en adelante nada va a ser igual que hace un par de años... (*Conminatoria.*) ¿Tenemos tiempo para hacer el amor?

CLAUDIO.—Como tú quieras.

DIANA.—No he dicho ganas, he dicho tiempo.

CLAUDIO.—(*Mira su reloj.*) Yo creo que sí. ¿Dónde vamos a ir luego?

DIANA.—(*Conecta el robot. Empieza a desnudarse a la vez que CLAUDIO, que ha puesto una música casi de strip-tease.*) Siempre sales con lo mismo: parece que estás deseando terminar. (*Prosiguen ambos sus discursos, mientras se desnudan con absoluta indiferencia.*) La banca justifica el desfase entre los precios de activo y de pasivo por el incremento de los costes de explotación y por la necesidad de controlar el margen financiero en una etapa en que la clientela demuestra mucha pericia en la búsqueda de la más alta rentabilidad. Más pericia que nunca.

CLAUDIO.—Porque la rebaja en la remuneración ha sido más rápida que la aplicación de los tipos más bajos del activo.

DIANA.—(*Concluyente.*) Y porque se trabaja con márgenes más ajustados.

CLAUDIO.—Y porque el trasvase de pasivo a los fondos de inversión ha encarecido las operaciones.

DIANA.—(*Concluyente.*) Bueno, ya está... En el fondo, la lucha por alcanzar cuotas de mercado en los diferentes segmentos no es más que otra pieza en la tarea del

conjunto del sistema bancario para optimizar sus redes, para aumentar la productividad e incluso para explotar al máximo su tecnología.

CLAUDIO.—No creo que baste la rebaja de la remuneración de las supercuentas para amortiguar el efecto de las ofertas de activo.

DIANA.—Ese fenómeno viene acompañado últimamente por el incremento de la remuneración del pasivo a largo plazo.

CLAUDIO.—¿Te refieres a las superlibretas?

DIANA.—Por supuesto. Para evitar el traspaso de los recursos de los ahorradores a los fondos de inversión... (*Viene a primer término en busca de algo.*)

CLAUDIO.—¿No has observado que algunas entidades aumentan su cuota en el mercado crediticio? Donde, por cierto, el conjunto de la banca tiene una posición menos robusta...

DIANA.—(*Lo interrumpe.*) ¿Has dicho robusta?

CLAUDIO.—Sí. Menos robusta que las Cajas de Ahorro.

DIANA.—No estoy segura de eso. (*Ha comenzado a fotografiar a CLAUDIO.*) Quédate así... Un momento...

CLAUDIO.—(*Asombrado.*) ¿Qué haces?

DIANA.—Ayer me regaló mi padre esta cámara. Un último modelo. No te muevas... Sigue.

CLAUDIO.—Pienso que ahí es donde está el principal negocio, y algunos lo han descuidado, alarmados por la morosidad o la precisión de concentrar sus recursos...

DIANA.—(*Lo interrumpe.*) Retrata sola. Ya verás. (*Se sitúa junto a él. La cámara se dispara.*) Sigue.

CLAUDIO.—No sé lo que decía.

DIANA.—Levanta esa pierna. Más. Así.

CLAUDIO.—¿Te parece esto serio? Nosotros somos serios.

DIANA.—Con alguien tengo que probar la cámara... No es ninguna casualidad que cajas y bancos hayan iniciado la guerra del activo con los créditos hipotecarios, que proporcionan una buena imagen entre los clientes potenciales... Pero estáte quieto.

CLAUDIO.—Y también gozan de un coeficiente de garantía para la entidad que los concede en tiempos de un alza de morosos.

DIANA.—(*Lo fotografía.*) Por aquí ahora... Y disponen de unas crecientes posibilidades de financiación para bancos y cajas mediante las titulaciones... (*Dispara.*) Así. Fantástico. No, así. (*Dispara.*)

CLAUDIO.—Ya está bien, Diana.

DIANA.—No disimules: te encanta que te fotografíen. (*Dispara.*) Eres el paraíso de una cámara. (*Dispara.*) La fotogenia pura. (*Dispara.*) Deberías de haber sido modelo. (*Dispara.*)

CLAUDIO.—Diana, por favor. (*Sin caer en la cuenta, comienzan ambos a vestirse con ropas que sacan de algún sitio: raídas, deshilachadas, de una estudiada pobreza. Antes que ellas, se ponen unas camisetas donde se lee «Los bellos durmientes».*)

DIANA.—Por si fuera poco, los créditos hipotecarios arrastran a la clientela a otros servicios relacionados con la adquisición de la vivienda o complementarios: seguros, tasaciones, planes de ahorro. Y además generan comisiones e ingresos, que no es moco de pavo.

CLAUDIO.—(*Con tácito reproche.*) ¿Has dicho moco de pavo?

DIANA.—Sí.

CLAUDIO.—Pero, más que nada, elevan la cuota de mercado de las entidades en los distintos segmentos de intermediación, al favorecer la productividad por oficina en el más tupido de los mercados europeos en cuanto a sucursales.

DIANA.—Perdona, ¿has dicho tupido?

CLAUDIO.—Sí, ¿por qué?

DIANA.—(*Se encoge de hombros.*) A pesar de todo, la caída de los tipos sorprendió a todos en medio del proceso de adecuación de sus estrategias a un mercado más abierto y más competitivo.

CLAUDIO.—No lo sé. Salvo que entiendas que las cajas tratan de reducir su posición acreedora en el interbancario aprovechando el fortalecimiento de los bancos.

DIANA.—¿Te atreves a hablar de fortalecimiento?

CLAUDIO.—Sí. Por el descenso de la actividad inversora, por el ascenso de la morosidad y por la necesidad de ampliar su base de clientes.

DIANA.—Mira, el interbancario, con la perspectiva del recorte de tipos y con algunas experiencias muy

desagradables —recuerda la última de mi padre—, se ha convertido en un paisaje poco atractivo...

CLAUDIO.—¿Has dicho paisaje y atractivo?

DIANA.—(*Han terminado de vestirse.*) Naturalmente... ¿Vamos?

CLAUDIO.—Vamos.

DIANA.—(*Cae en la cuenta.*) Pero si no hemos hecho el amor.

CLAUDIO.—Ya habrá tiempo para eso... Hemos mantenido, sin embargo, una conversación muy agradable.

DIANA.—Eso es verdad. (*CLAUDIO detiene el robot, que no ha cesado de moverse. Suena el teléfono. DIANA pulsa un botón.*)

VOZ DE NIEVES.—Me gustaría saber dónde te metes. Si llamo al bufete, estás reunida; si llamo a tu casa, o no estás o no te dignas hacerme caso. Cada día te pareces más a tu padre. Tengo un marido y una hija, y aquí estoy, sin nadie que me saque a cenar. Tu padre me acaba de dar otro plantón: dice que se queda en la oficina. Sois un par de guarros. (*Suena un ruido estrepitoso al otro lado de la línea.*)

DIANA.—(*Que no ha hecho el menor caso a su madre.*) ¿Hará frío para ir en tu moto?

CLAUDIO.—Nos abrigamos. El coche tuyo es demasiado. Abajo te espero. (*Sale por la puerta del piso.*)

VOZ DE NIEVES.—Se me cayó el teléfono, perdona. (*Prosigue su bronca. DIANA, indiferente, juega con una maquina.*) Me podía haber alcoholizado, o hecho

cocainómana, que resulta más fino. Pero no, aquí estoy, vivita y coleando, a pesar vuestro... (*Cambia de tono con gran versatilidad.*) Diana, hija, escúchame: tú no seas tonta y disfruta lo que puedas. Pero a tu aire; no imites a las mujeres liberadas esas, tú libérate a tu manera. De todo, ¿eh?, de todo: hasta de mí... Por cierto, ayer vi a Claudio. Está para comérselo. Aprovéchalo, hija; yo en tu lugar haría lo mismo... Lo haría hoy, claro, porque lo que es ayer bien tonta fui: me casé con tu padre virgen de capirote. Qué injusticia. Y así sigo, no creas... (*DIANA corta la comunicación. Se oye el timbre del portero automático.*)

DIANA.—Qué pronto se ha cansado ese. (*Al portero, cuyo botón aprieta.*) Voy ya, no subas. (*Se prepara para salir. Ha dado la vuelta a un cuadro abstractísimo; tras él aparece un espejo. Se retoca. Lo vuelve a su posición anterior. El timbre de la puerta. Abre sin mirar.*) Te dije que ya iba. (*Aparece MARCOS con un ramo de flores. En este personaje hay, hasta el final, un eco de ironía, de desdoblamiento, de distancia voluntaria y provocada. Como si fuese un actor que representase un papel; pero su papel. Sólo en contadas ocasiones deja traslucir la emoción verdadera: esas ocasiones han de ser luminosas, como fogonazos, antes de volver la penumbra.*)

MARCOS.—Buenas tardes. O buenas noches.

DIANA.—¿Quién es usted? Ah, flores. Tengo prisa. Déjelas por ahí.

MARCOS.—(*Ante el panorama.*) Pero ¿dónde? Da pena. Son tan delicadas y esto es tan... esquimal.

DIANA.—¿Y a usted qué le importa?

MARCOS.—Le he dado quinientas pesetas al chico de la florería para que me dejara subirlas a mí.

DIANA.—¿Y ahora pretende que se las devuelva? Le advierto que el interés del dinero ha descendido.

MARCOS.—No. Las doy por perdidas.

DIANA.—Entonces vámonos. Me ha pillado saliendo. (MARCOS *no se mueve. Ella le alarga un billete.*) Tome usted. (MARCOS *se niega a aceptarlo.*) Pues ¿qué demonios quiere?

MARCOS.—Conocerla.

DIANA.—¿A mí? ¿Es usted un atracador? ¿O un inspector de Hacienda, que viene a ser lo mismo?

MARCOS.—No necesito su sucio dinero.

DIANA.—El dinero se lava con mucha facilidad.

MARCOS.—Necesito justicia.

DIANA.—Eso es peor. Se lo digo yo, que soy abogada. Pero vamos, si insiste en contratarme... La justicia es costosa y muy lenta. A la gente no se la gobierna con la justicia, sino con la ley y la persuasión.

MARCOS.—Qué delicadeza.

DIANA.—Bueno, si fallan —y suelen fallar siempre— queda la fuerza. Por ejemplo, eso que tiene en la mano, ¿es una pistola?

MARCOS.—No; una bomba de mano. (*Muestra una navaja.*) Por si falla la persuasión.

DIANA.—¿Se la traspasó también el de la florería?... Y a todo esto, ¿quién me manda las flores? (*Se acerca al ramo. Va a mirar la tarjeta. No le da tiempo.*)

MARCOS.—(*Entre airado y seducido.*) ¿Usted no tiene miedo?

DIANA.—Naturalmente que lo tengo, ¿por quién me toma? Pero no veo lo que puede sacar con matarme a puñaladas.

MARCOS.—Repito que justicia.

DIANA.—Cada vez que alguien trate de violar algo —mi domicilio, en este caso— debe consultar antes con un buen abogado... Yo trabajo en un bufete con los mejores del país. Consúlteme. (*Le alarga una tarjeta que él rechaza.*)

MARCOS.—No me interesa.

DIANA.—Ah, ya caigo: usted habla de justicia social, de justicia distributiva. Es usted un resentido. ¿Cuánto quiere?

MARCOS.—Señora o señorita, no volverá usted a darle ni una peseta a nadie.

DIANA.—En una palabra, que lo quiere todo. (*Se cruza de brazos.*) Pues empiece.

MARCOS.—No quiero nada, sólo su vida.

DIANA.—Qué encantador y qué modesto... Está usted en paro, ¿no?

MARCOS.—Como todo el mundo, pero nada más. ¿Usted no ha notado mi cojera?

DIANA.—¿Un cierto meneíto? Sí, ahora que lo dice.

MARCOS.—Usted es la culpable.

DIANA.—¿Yo culpable de ese vaivén? Ni que fuera un columpio.

MARCOS.—¿No se llama usted Diana Soler?

DIANA.—De momento, sí. De usted depende que me siga llamando.

MARCOS.—¿Y no es la dueña de un *porsche* plateado, matrícula de Madrid 9907 JN?

DIANA.—No me acuerdo de los números, pero sí.

MARCOS.—Pues hace ocho días, a estas horas, me atropelló con él en la calle Hilarión Eslava. Después se dio a la fuga.

DIANA.—Seguro que el coche apenas lo rozó; si no, lo aplasta: menudo es. (*Aparece CLAUDIO en la puerta, que se quedó abierta.*) ¿Hace ocho días dice?

MARCOS.—Justos.

CLAUDIO.—¿Quién es este señor? Su pinta no me gusta.

MARCOS.—Pues anda que la suya a mí. (*A DIANA.*) Este ¿quién es?

DIANA.—(*A CLAUDIO.*) Un damnificado por la imbecil de Teresa la de Zamora... Ella fue la causante de su bamboleo (*A MARCOS.*), que por cierto se le nota cada vez menos.

MARCOS.—Será que se está usted acostumbrando.

DIANA.—(*A CLAUDIO.*) Supongo que quiere una indemnización. (*A MARCOS.*) Le hace gracioso, se lo advierto. Bien mirado, gana.

MARCOS.—No, si tendré que pagarle yo encima... ¿Quién es esa Teresa la de Zamora?

DIANA.—Una amiga mía que viene de cuando en cuando a Madrid. Era ella la que conducía el coche. Y no me extraña que chocara usted con ella: es tan torpe que cada vez que viene se queda embarazada. Luego me toca a mí acompañarla a Londres y pagarle los gastos: una mina de oro.

MARCOS.—¿Cómo sé yo que está diciendo la verdad?

CLAUDIO.—(*Desde la maquinita, donde está jugando.*) Diana no miente nunca, señor...

MARCOS.—Señor nada. Me llamo Marcos, para servir a Dios y a ustedes. (*A DIANA.*) De irme así, cojeando, hasta Zamora, ni hablar... Y además la responsable del coche es usted.

DIANA.—Subsidiariamente. Escuche: yo soy una mujer liberada, que ejerce una profesión liberal, vive en su propia casa libre de hipotecas, y tiene una pareja.

MARCOS.—Una pareja ¿de qué?

DIANA.—¿Cómo de qué? Un hombre. (*Orgullosa.*) ¿O es que Claudio no le parece un hombre? (*MARCOS lo vuelve a mirar y se encoge de hombros.*) Soy fuerte. Soy valiente. Soy moderna. Soy libre. Soy independiente. Soy rica...

MARCOS.—(*La interrumpe.*) Me alegro por mí. (*Señala la ropa.*) Aunque quién lo diría.

DIANA.—(*Sin cortarse.*) Soy muchas cosas más.

MARCOS.—Enhorabuena.

DIANA.—(*Un poco fuera de tono.*) Y no estoy, por descontado, en venta.

MARCOS.—No se me había ocurrido comprarla.

DIANA.—Mi precio sería demasiado alto para un cojitranco.

MARCOS.—Ni alquilarla siquiera.

DIANA.—Ah, quiere secuestrarme.

MARCOS.—¿Cargar yo con usted? Vaya un negocio.

DIANA.—Asqueroso.

CLAUDIO.—Haga el favor de declarar taxativamente su última pretensión y salir de esta casa.

DIANA.—No te metas en esto. El señor debe de ser de los que piensan que las mujeres independientes están siempre a dos dedos de la inmoralidad, ¿no es cierto?

MARCOS.—A dos dedos de la inmoralidad, sea o no independiente, está cualquiera. Pero la dependencia es la inmoralidad.

DIANA.—(*Encuentra de repente una razón comprensible de que MARCOS le caiga tan bien.*) En eso tiene usted muchísima razón. (*Inicia una sonrisa, que se ve interrumpida.*)

VOZ DE NIEVES.—Diana, antes se me olvidó decirte...

DIANA.—(*Conecta el teléfono.*) Mamá, ¿por qué en lugar de llamarme a mí a todas horas no llamas a papá? Al fin y al cabo es tu marido.

VOZ DE NIEVES.—Porque, si lo llamara a todas horas,

quizá dejaría de serlo. En cambio, tú nunca podrás dejar de ser mi hija. Por eso te llamo a ti y no a él. Y además porque me sale de las pelotas. (*Ríe CLAUDIO. DIANA, con una mirada, le detiene la risa.*)

DIANA.—Muy fina.

CLAUDIO.—No está en mi mano... A mí tu madre me hace una gracia enorme.

MARCOS.—Nunca me hubiera creído que tuviese usted madre.

DIANA.—Pues la tengo, como todo el mundo. Menos Claudio, claro, que la perdió al nacer. Y también tengo padre. Incluso una tía. No puedo remediarlo, no estoy sola en la Tierra... Seamos sinceros: mi padre es el mejor *broker* de España. Claudio y yo formamos parte del bufete que lo asesora. Una vez entrenados, seremos también *brokers*...

MARCOS.—No sé qué es eso; pero si tiene algo que ver con lo que me imagino, me daría mucho asco.

DIANA.—*Broker* es quien se dedica a unos negocios especiales: un seguidor, un corredor, un asesor de empresas...

MARCOS.—Me lo temía: un ladrón. (*Ira de DIANA.*) De guante más o menos blanco, si usted quiere.

VOZ DE NIEVES.—¿Con quién hablas?

DIANA.—Con un hombre que trata de sacarme algo por su cojera, o cosa así.

VOZ DE NIEVES.—No entiendo absolutamente nada, pero llama a la policía.

DIANA.—¿Cómo, si tú tienes ocupada la línea sin parar?

VOZ DE NIEVES.—Voy para allá, querida. No te rindas.

DIANA.—Ni se te ocurra. (NIEVES *ya ha colgado.*) Vámonos antes de que llegue.

CLAUDIO.—Sería una falta de educación.

DIANA.—Mi madre te gusta más que yo: hace tiempo que lo vengo observando.

CLAUDIO.—Me inspira ternura, como una niña chica.

DIANA.—Pues es mayor que yo.

MARCOS.—¿Ustedes dos están casados?

DIANA.—No diga sandeces: ¿no se nota que no?

MARCOS.—Como discuten tanto y usted es tan mandona...

DIANA.—Preferiría ejercer la prostitución a permitir que un hombre fuese dueño de mi cuerpo.

MARCOS.—Sobre poco más o menos, eso es la prostitución.

DIANA.—Quiero decir que *no pienso* casarme.

MARCOS.—Eso sucede justamente cuando menos se piensa.

DIANA.—Muy ingenioso. ¿Es que usted sí es casado? (*Se ha arrepentido de la pregunta antes de hacerla.*)

MARCOS.—¿Por qué no nos sentamos mientras viene su madre? Estaremos más cómodos.

CLAUDIO.—Vive al lado. Verá usted qué mujer.

DIANA.—(A CLAUDIO.) ¿Le estás invitando a quedarse?

CLAUDIO.—(*Cortado.*) No... no era esa mi intención.

DIANA.—Entonces lo haré yo. Al fin y al cabo ha podido atracarme y no lo ha hecho.

MARCOS.—(*Insiste.*) ¿Aquí hay dónde sentarse? Yo, con mi pata coja...

DIANA.—(*Señala casi todo.*) Esto es un asiento, y esto, y esto... Se ve que no es moderno. (*Se sienta MARCOS.*) ¿Qué le puedo ofrecer?

MARCOS.—Menos mal que se pone a tiro. ¿A cuántos millones asciende su propuesta?

DIANA.—Estoy hablándole de bebistrajos, amigo mío.

MARCOS.—(*Que se las sabe todas.*) Ah, ¿qué beberán ustedes?

DIANA y CLAUDIO.—Agua mineral.

MARCOS.—De acuerdo, yo también; pero con whisky y hielo, por favor.

DIANA.—(*Mientras lo prepara, recae.*) Le pregunté si es usted casado.

MARCOS.—(*Hablando en general.*) El matrimonio es un zoo lleno de parejitas enjauladas. Yo detesto las exclusivas. No es decente obligar a otro a amarnos, y asegurarnos además con leyes y ataduras contra su desamor. El matrimonio o es una comunidad voluntaria de vida o es una pantomima. Nadie es propiedad de nadie.

DIANA.—Qué verdad. Lo que yo le decía.

MARCOS.—La mujer casada, al no ser libre, no está capacitada ni para la amistad; para el amor, ya ni soñarlo. Siempre ocurre lo mismo: el marido, después de insultarla y vociferarle todo el día, cuando llega la noche, le susurra: «cariño», «amorcito», y ella entonces contesta: «Me duele la cabeza», y se da media vuelta. Qué porquería.

DIANA.—(*Aún con el vaso en la mano.*) Eso también es verdad. Qué porquería. (*Le alarga el vaso.*)

MARCOS.—(*A CLAUDIO.*) Y usted ¿qué opina?

DIANA.—¿Qué va a opinar? Lo mismo que yo.

CLAUDIO.—Bueno, yo me he reservado el derecho, respecto a Diana, de separarme cuando su compañía sea incompatible con mi desarrollo humano.

MARCOS.—¿Qué entiende usted por desarrollo humano?

CLAUDIO.—Pues... En realidad, no lo sé.

MARCOS.—¿Y por compañía? ¿Qué entiende usted por compañía? ¿O tampoco lo sabe?

CLAUDIO.—(*Vacilante.*) Siempre se ha dicho que los hombres dan afecto por sexo y las mujeres sexo por afecto.

DIANA.—Por mucho que se haya dicho, eso es una gilipollez.

MARCOS.—Y tampoco tiene nada que ver con la compañía.

CLAUDIO.—Entonces, no lo sé...

DIANA.—(*A MARCOS.*) Claudio no dice las tonterías

por descuido, ¿eh?, ni mucho menos: cree en ellas de todo corazón. Pero lo que ahora insinúa es que, en nuestro caso, no hay de qué preocuparse: cuando nos casemos, en la remota suposición de que nos casáramos, sería con separación de bienes.

MARCOS.—Y eso lo arregla todo, ¿no?... Porque ustedes son lo que tienen en lugar de tener lo que son.

DIANA.—(*Algo perdida.*) No sé a qué se refiere...

MARCOS.—¿Me da otra copa?

DIANA.—(*Repuesta.*) ¿No será demasiado para un cojo?

MARCOS.—Parece que me encuentro un poquito mejor.

CLAUDIO.—(*Con retraso, como es frecuente en él.*) Además, sin estar casado, ¿cómo te vas a divorciar? Para divorciarse hay que casarse antes.

DIANA.—Bien razonado, Claudio.

MARCOS.—(*Como en su casa ya.*) A los veinte años se saben muy pocas cosas, y las pocas que se saben, se saben muy mal.

DIANA.—Eso lo dicen los que tienen cuarenta por lo menos.

CLAUDIO.—¿La vida no se acaba a los cuarenta?

MARCOS.—A los cuarenta años y cinco meses.

DIANA.—Por otra parte, nosotros tenemos veintiséis. Hay diferencia de veinte a veintiséis.

MARCOS.—En efecto, a los veintiséis se han olvidado las pocas cosas que se aprendieron a los veinte.

DIANA.—Y a los cuarenta, señor sabiondo, ¿qué?

MARCOS.—Huy, entonces se han olvidado hasta las ganas de aprender.

DIANA.—Pero las de enseñar, por lo que veo, no.

MARCOS.—Eso es muy distinto, mi querida niña.

DIANA.—(*Indignada por todo lo que oye y por algo más.*) Pare, Hilarión Eslava. ¿Es que usted cree que a nosotros puede enseñarnos algo? Como no sea el carné de identidad, que es lo primero que le debí exigir...

MARCOS.—No tengo: lo perdí. Con todo, enseñarles no era mi intención. Al contrario, enséñenme ustedes. Pongo por caso: (*Señala al robot.*) esta mesilla de noche boca abajo, ¿qué es?

DIANA.—Un robot doméstico.

MARCOS.—¿Y esta caja de caudales vestida de primera comunión?

DIANA.—Un frigorífico ecológico.

MARCOS.—¿Y estos desagradables taburetitos?

DIANA.—Unos altavoces digitales, señor. Me gustaría saber de qué galaxia viene usted.

MARCOS.—A mí también.

CLAUDIO.—(*Desde su máquina.*) Déjalo, Diana, no debemos enzarzarnos en discusiones con el primer cojo que llegue.

MARCOS.—(*Da un par de saltos.*) No soy cojo, señorito. No soy cojo.

DIANA.—Milagro, milagro. (*Se acerca, por fin, a las flores y mira el remitente.*)

MARCOS.—(*A CLAUDIO.*) He venido para entrar en contacto con la dueña de este... recinto.

CLAUDIO.—¿Con qué fin, si me permite preguntárselo?

MARCOS.—Pues... irnos conociendo. Ahora que sé que no fue ella quien me atropelló...

DIANA.—(*Como si no hubiera estado atentísima.*) Las flores son de mi padre. (*Las pone en algo inverosímil.*)

CLAUDIO.—Es muy amable contigo... (*A MARCOS.*) Yo soy también huérfano de padre.

MARCOS.—Qué pasada. Le acompañé en el sentimiento. (*A DIANA.*) ¿Se lleva bien con él? Con su padre, digo.

DIANA.—Es perfecto. Por eso me fui de mi casa en cuanto pude: los padres, cuando no son imprescindibles, son inoportunos.

MARCOS.—Pues no sé si ganó usted en el cambio de casa... Quién iba a decirme que ese maletín era un florero.

CLAUDIO.—El diseño, amigo, el diseño. Parece usted todavía mayor de lo que es.

MARCOS.—Y usted más pequeño, que es peor... Cuando quieren cenar en casa, ¿qué hacen?

DIANA.—La cena, por supuesto... Hoy no es el caso: no se haga ilusiones.

MARCOS.—Pero, ¿dónde?

DIANA.—(*Señalando aparatos.*) Aquí, aquí y aquí.

MARCOS.—Una exposición de tecnología hogareña. Y los aparatos, ¿funcionan o están sólo de muestra?

DIANA.—Funciona todo, hijo, qué se ha creído. (Comienza a dar a los interruptores.) Todo, todo, todo. (Se funden los plomos.)

MARCOS.—Funciona todo, pero no lo vemos. Algo es algo.

CLAUDIO.—Se ha apagado la máquina.

DIANA.—Qué sagaz eres, Claudio.

CLAUDIO.—Y ¿qué hacemos?

DIANA.—Por lo pronto, estarnos quietos para no tropezar. (MARCOS enciende un mechero.)

CLAUDIO.—Menos mal que alguien fuma.

MARCOS.—Todo sirve, *etiam peccata*. Hasta el pecado, que dijo san Agustín.

DIANA.—¿Va a darnos ejercicios espirituales aprovechando el apagón?

MARCOS.—¿Hay velas?

DIANA.—¿Quiere decir cirios? ¿Es usted cura?

MARCOS.—Quiero decir velas. (Encuentra alguna.) Como estas.

CLAUDIO.—Serán de plástico.

MARCOS.—(Las enciende.) Son de verdad.

DIANA.—Hay más. (Enciende otras.) Qué ilusión: las velas también funcionan.

MARCOS.—¿Cómo también? Es lo único que funciona aquí. (El robot da un chispazo.)

DIANA.—Me temo que el robot doméstico se acaba de despedir: problemas laborales.

MARCOS.—Yo puedo sustituirlo con ventaja. (Se

mueve como un robot, emite sonidos, limpia, fisga, olisquea... Ríen los jóvenes.) En esta casa con tanto adelanto lo más antiguo sois vosotros. Seguro que no os sentís más felices, ni más pacíficos, ni más amorosos que vuestros tatarabuelos. Vaya un progreso.

DIANA.—(A CLAUDIO.) Pero ¿este tío qué sabe de nosotros?

CLAUDIO.—¿Dónde están los fusibles?

DIANA.—No seas incongruente, yo qué sé.

MARCOS.—(Tranquilamente sentado.) La edad mental media está entre los trece y los catorce años. Entonces nos volvemos maduros sexualmente, y la Naturaleza no aspira a otra cosa. El que quiera más tendrá que esforzarse: no para envejecer, que se hace solo, sino para crecer, que es muy distinto. ¿Y sabéis cómo se crece? Dudando. Vosotros me parecéis demasiado seguros; no hay quien os tosa. Delante de mí tengo a dos triunfadores, ¿eh?: dos triunfadores natos.

DIANA.—Mis oídos no dan crédito a lo que están oyendo. Primero nos deja a oscuras, y luego nos echa la bronca.

MARCOS.—Este progreso técnico (Señala alrededor.) se enseña hasta en la escuela: es exterior; pero el interior, se adquiere de uno en uno. Hay que descender a lo más hondo, donde está la verdad de cada cual, soñolienta, esperando... La mayoría de la gente nunca entra dentro de sí misma, se queda en el portal. Y quizá su casa tiene las proporciones de un palacio; pero no entra...

DIANA.—Pues usted no sólo ha entrado en su casa, sino en la mía.

MARCOS.—(*La ignora.*) Vosotros habéis hecho de la vida una guerra a espaldas de vuestro corazón. En vosotros —perdón, en ustedes— han puesto sus padres los huevecillos de sus deseos no satisfechos y de sus ambiciones no realizadas.

CLAUDIO.—Pero ¿no le digo que soy huérfano de padre y madre?

MARCOS.—En usted ha puesto los huevos su novia.

DIANA.—No repita esas palabras —ni novia, ni huevos—, si no quiere que llame a los vecinos.

MARCOS.—Son unos desgraciados. La gente desgraciada es peligrosa: corre, viola, tima, trepa y se pelea sin saber bien por qué.

DIANA.—(*A CLAUDIO.*) Te digo que este quiere convertirnos a algo. (*A MARCOS.*) Eres de alguna secta, o cura obrero, o vendes biblias o algo por el estilo. Danos los prospectos de lo que sea, y déjate de rollos.

MARCOS.—La vida es alegría e invitación; un dulce que ha de comerse sin voracidad, porque no se acaba... Una danza que, bien danzada, nos absorbe... Hay que meterse dentro. Que nos baile ella a nosotros, no nosotros a ella, ¿comprendéis?

DIANA.—Total: lo que se hace en cualquier discoteca.

MARCOS.—(*Sin desanimarse.* *A CLAUDIO.*) No seas un hombre de negocios. (*A DIANA.*) Ni tú una mujer de negocios. Apostad en la misma carrera que corréis.

Arriesgaos. La vida no es un problema, ni una adivinanza, ni una competición. Es un vino: no seáis sobrios, bebedlo. Es una melodía: no seáis sordos, oídla.

DIANA.—(*A CLAUDIO.*) ¿Tú opinas que está loco?

CLAUDIO.—No lo sé, creo que sí.

DIANA.—Pues yo estoy rigurosamente convencida de que no.

MARCOS.—(*A los dos, pero de uno en uno. Primero a CLAUDIO.*) La vida es un permiso, permítetelo todo. Desobedece. Rebélate contra lo que no salga de ti mismo. (*A DIANA.*) No dejes para mañana el paraíso; el mañana no existe. Vive ahora. Y olvida los ideales ajenos. Ponte de acuerdo con los tuyos, empieza ya a buscarlos... ¿No oís cómo cantan las cosas en la oscuridad, cómo chisporrotean las velas de impaciencia? Si lo vivimos con toda intensidad, cada instante es eterno, perfecto en sí mismo, sin antes ni después, fuera del tiempo. (*Alarga las manos.*) Para el éxtasis no es necesario más. Y el éxtasis es la única sabiduría... ¿Lo sentís?

CLAUDIO.—¿El éxtasis? ¿Te refieres a esa droga de diseño?... (*A DIANA.*) Lo que tiene es un colocón.

DIANA.—(*Lo interrumpe.*) Calla. (*A MARCOS, entre furiosa y subyugada.*) Toda esa retahíla le es fácil de decir a un hombre. Pero la mujer ha sido subastada, vendida, prostituida, usada, esclavizada, durante miles de años. Sometida en la economía, marginada en la educación... Ahora, que yo me he sublevado. Aquí soy yo quien elige. Yo he elegido a Claudio. Ahí lo tienes: ¿es

un buen ejemplar o no? Todas me envidian. En el primer año de Derecho dije: «Este es mío»... Ah, no: las bonitas palabras que se nos dicen hoy a las mujeres no son más que excusas para que no entremos a degüello; premios de consolación que no sustituyen a nuestra demanda... Yo he elegido mi destino, mi porvenir y mi amor. ¿Ves? Mi padre es multimillonario; yo soy la mejor; Claudio es guapísimo...

CLAUDIO.—(*Acharado.*) Diana, mujer.

DIANA.—(*Orgullosa.*) En efecto, ¡mujer!

MARCOS.—(*Después de una pausita.*) El amor es un pájaro. Déjalo que se vaya, si es su gusto. No le cortes las alas; no lo encierres. El miedo de que huya y no regrese también se llama amor.

DIANA.—(*Despectiva.*) Qué vulgaridad. Yo no hablo de *ese* amor.

CLAUDIO.—Diana.

DIANA.—Qué.

CLAUDIO.—No es el mejor momento para contar intimidades...

MARCOS.—Desecha las ideas que los hombres, por su conveniencia, han puesto siempre en la cabeza de las mujeres; pero también las que ha puesto vuestro movimiento de liberación... Hay cualidades que tiene la mujer, y el hombre, no. Gózalas, no seas tonta. El feminismo es una reconquista, no una revancha. Se trata de que seáis iguales, no superiores. No hay que darle la vuelta a la tortilla, sino hacerla mejor. Y entre los dos.

DIANA.—(*Recalcando cada palabra.*) No me gusta la tortilla, señor párroco.

CLAUDIO.—Pues a mí, sí. (*Lo mira DIANA.*) Perdona; pero si está bien hecha, sí.

MARCOS.—Si a tanta hostilidad durante tantos siglos ha sobrevivido vuestra capacidad de amor; si a tanto abandono y a tanta contradicción ha sobrevivido vuestra inteligencia, es porque sois más necesarias que el hombre para la vida. La vida no ha dejado de bailar y de cantar dentro de vosotras.

DIANA.—No quiero bailoteos. No quiero coplas. Quiero ser yo.

MARCOS.—¿Sin bailes, sin amor y sin coplas? Qué yo tan pobre tienes... Anda, dame otro vaso.

DIANA.—Ve tú por él.

MARCOS.—Tú crees que sólo serás libre esclavizando a otro. Lo mismo que los hombres a vosotras. Qué equivocada estás.

DIANA.—Y tú qué listo eres. (*Va a servirle la copa.*) Sospecho que es mi padre quien te manda. Como no tiene tiempo, te habrá comprado a ti para que me alecciones. ¿Cuánto te da? No te dejes timar: apriétale las tuercas.

MARCOS.—No seas impertinente... Sí que mi vida ha sido como para sentar cátedra... No; a quien sabe mucho se le hincha la cabeza: no puede cantar, ni bailar, ni beber. El que piensa y calcula no se enamora nunca... El amor es un puente que atraviesas; el conocimiento es como un muro.... Yo no quiero enseñar a nadie. (DIANA

permanece con la copa de MARCOS aún en la mano.) Sólo hablaros de la bebida que he probado... Dame la copa de una vez... ¿Daros lecciones? Qué asco. Sólo misterios, sólo intranquilidades... El fin más alto es el silencio... *(Lo impone con las manos.)*

DIANA.—Pues lo que es a ti, hijo mío, no hay Dios que te calle. *(MARCOS le sisea. Una pausa.)* Pero, ¿por qué a nosotros? ¿Por qué precisamente...?

MARCOS.—Quizá sois los más engañados, los que estáis más a punto de desperdiciar todo.

CLAUDIO.—*(Bajito.)* Pero en la vida habrá que mantener una actitud, proponerse unas metas...

MARCOS.—*(Más suave que a DIANA.)* No hay manera mejor de malgastar la vida... No reflexiones sobre ella, vívela. Abierto a lo que sea, aunque te cueste una pulmonía. Sin actitudes, qué disparate... Vivir no es una felicidad, ni una desgracia, es la posibilidad única de todo. Un regalo, del que no saben qué hacer muchos y reclaman la tabla de instrucciones: agítese antes de usarlo... Úsalo tú con tu alma entera y con tu cuerpo entero. Ese cuerpo que es su hogar y su envase. Muy logrado, por cierto. *(A DIANA.)* Como el tuyo. *(Le golpea el hombro a CLAUDIO.)* Que no entre nadie en él sin tu consentimiento.

CLAUDIO.—*(Volviendo hacia la maquinita.)* ¿Entrar? ¿En estricto sentido? ¿En el sentido físico?

MARCOS.—También en el sentido físico. *(A DIANA, volviéndose a ella.)* ¿Tú estás frustrada?

DIANA.—¿Yo? Pero qué cretineces se te ocurren.

MARCOS.—Entonces es que no sabes lo que es un buen orgasmo.

DIANA.—Si te digo que no estoy frustrada.

MARCOS.—La frustración consiste en haber tenido algo que luego se nos niega. Si no lo estás, es que no lo has tenido.

DIANA.—*(Quitándole importancia.)* Deja que la abuelita se muera tonta, ¿no? Se llama orgasmo a tantas cosas.

MARCOS.—Si se llama a muchas cosas es que no se sabe lo que es... *(Convincente.)* En él, el ser humano se trasciende a sí mismo, se esfuma, se evapora su orgullo, se le derrite el cuerpo, se suspende el mundo...

DIANA.—Una tarde empecé a sentir algo así, y di tal alarido que Claudio se aterró. Se vino literalmente abajo, y salió corriendo desnudo de la alcoba.

CLAUDIO.—Diana.

DIANA.—¿Qué?

CLAUDIO.—¿Es imprescindible que me ridiculices?

DIANA.—¿Fue así o no fue así?

CLAUDIO.—Qué sé yo. Yo no me fijo en esas cosas.

MARCOS.—Qué pronto habéis pasado de la juventud romántica a la madurez cínica.

DIANA.—Mentira: nuestra juventud no fue nunca romántica.

MARCOS.—Es verdad: ni tu madurez, cínica. Como no tienes madurez, te conformas con el cinismo.

DIANA.—Más madura que Claudio sí que soy.

CLAUDIO.—Ya está bien.

MARCOS.—Pero cómo maduran los frutos tropicales (*Señala el ambiente.*): dentro de una cámara frigorífica. (*Se oyen unos golpes en la puerta.*)

CLAUDIO.—Tu madre.

DIANA.—(A MARCOS.) No hables de nada delante de ella.

CLAUDIO.—¿Dónde están los fusibles?

DIANA.—Qué perra. Por ahí. (*Se acerca a CLAUDIO. Vienen las luces todas de pronto. Suena el timbre exterior.*)

MARCOS.—¿Y los interruptores? (*Va apagando luces y queda un ámbito íntimo. CLAUDIO abre la puerta a NIEVES, que entra vestida con un traje de fiesta de altísima costura.*)

NIEVES.—Hola, chicos. Nunca he visto esta casa tan acogedora... ¿Qué hacéis vestidos de pordioseros?

DIANA.—Contemplarte a ti, vestida de Madame Pompadour.

CLAUDIO.—Di que estás preciosa.

NIEVES.—(A DIANA.) Procuero vestirme lo mejor que puedo, ¿qué voy a hacer? ¿No ves que he sido pobre de verdad, y esos pingos (*Señala los de ellos.*) me dan escalofríos? Para vosotros sólo son un disfraz.

MARCOS.—Falsos pobres vestidos de pobres; falsos ricos vestidos de ricos; falsos jóvenes vestidos de jóvenes.

NIEVES.—¿Esto último lo dice usted por mí?

MARCOS.—De ninguna manera: usted está en la plenitud.

NIEVES.—¿Dónde fija usted la plenitud?

MARCOS.—Entre los treinta y cinco y los cincuenta y cinco.

NIEVES.—Eso significa que usted tiene cuarenta y me endosa a mí los cincuenta. Muy galante. Por cierto (A DIANA), ¿quién es?

DIANA.—Alguien que debe haber viajado mucho por Oriente. Se dedica a hacer obras de misericordia a domicilio.

NIEVES.—¿Dónde vive?

MARCOS.—Siempre en casa de amigos.

NIEVES.—¿Tiene estudios?

MARCOS.—Empecé tres carreras, pero no aprendí de los libros nada de lo que sé.

NIEVES.—¿A qué se dedica?

MARCOS.—A seguir aprendiendo.

NIEVES.—¿De qué clase social?

MARCOS.—De ninguna. Me apeé hace ya mucho.

NIEVES.—¿Qué fuentes de ingresos tiene?

MARCOS.—Muchísimas; pero dan poquísima agua... Un ejemplo. (*Enseña la navaja.*)

NIEVES.—¿Delincuente?

MARCOS.—Tallista. De cositas pequeñas.

NIEVES.—(*Ilusionada.*) Ah, a ti lo que te pasa es que eres hippy. (*Por los jóvenes.*) Ellos están ya en otra

onda. Siéntate aquí conmigo, si es que estos dromedarios son para sentarse.

DIANA.—Mamá, no te lo apropiés, es nuestro. (*Malísima.*) Por edad, está más próximo a nosotros.

MARCOS.—Cuánto amor filial.

NIEVES.—Déjala. Si ellos creen que se parecen en algo a la gente de su edad, van listos. Son una pareja de mimados imbéciles que imitan a los jóvenes un par de horas al día. ¿No los ves?, ellos sí que son falsos jóvenes. Iros directamente a hacer puñetas.

DIANA.—Ordinariez por ordinariez.

NIEVES.—Oye, guapa, tú has tenido los mejores colegios y una excelente educación que no te decides a usar nunca. (*A MARCOS, con gusto.*) Yo, en cambio, tuve que conformarme con vivir a mis anchas: por eso el matrimonio me sentó como un tiro. Pero había que empezar a ganarse la vida, y me casé. El padre de esta niña nunca tuvo sentido del humor; sin embargo, su sentido de los negocios fue siempre espléndido. Quizá los dos sentidos son incompatibles. (*Se fija en la camiseta de los chicos.*) ¿Qué es eso de *Los bellos durmientes*?

CLAUDIO.—Un grupo musical.

NIEVES.—Pues es más numeroso de lo que imagináis. (*A MARCOS.*) ¿No te parece?

MARCOS.—Algo durmientes somos todos, sí. Porque no vivimos nuestra vida verdadera, o porque tememos lanzarnos como al vacío en brazos de ella, o porque vivimos a expensas de los otros...

NIEVES.—(*Lo interrumpe.*) ¿Estás diciendo todo eso por mí?

MARCOS.—(*Niega con la cabeza, y prosigue.*) O por que, como yo, viajamos más por fuera que por dentro... Todos dormitamos, cada cual sobre su propia almohada. Y la vida, por mucho que se empeñe Calderón de la Barca, es exactamente lo contrario de un sueño... Si nos despierta el beso del amor —ojalá—, tenemos que saber que, a partir de ese instante, nos espera la vida sin más contemplaciones. Hecha de todo: de amaneceres y de estercoleros. Al margen del amor también, y hasta en contra de él...

NIEVES.—¿Está usted citando algún autor, o es esa su habitual manera de expresarse?

DIANA.—Mamá, no entiendes nada.

NIEVES.—Oye, niña —ya que este señor hablaba de la Bella Durmiente o así—, para ti no aspiro a ser ni el hada madrina, ni la madrastra de ningún cuento. Soy tu madre, pero nada más. No puedo hacer otra cosa por ti más que darte mi bendición. O sea, exactamente lo mismo que tú por mí. Déjame en paz y no me des morcilla.

DIANA.—Qué femenina eres, mamá. Qué vergüenza.

NIEVES.—¿Qué quieres: que me vuelva bombero? (*A MARCOS.*) Yo no soy feminista, ¿sabes? No me gustan las revoluciones que se me imponen a la fuerza. Me he resistido a ser dominada por mi marido —en fin, no mucho—, y ahora no quiero que me domine ninguna marimacho. Sólo aspiro a hacer lo que me dé la gana;

pero sé qué es lo que me da la gana (A DIANA.), no como tú. Por la liberación de la mujer ya lucharon nuestras predecesoras; a nosotras nos toca disfrutarla.

DIANA.—(*Mitinera.*) Una liberada no nace, se hace. Aún no se ha conseguido casi nada. Mientras no haya rigurosa igualdad de oportunidades; mientras las mujeres no ganen los mismos sueldos que los hombres...

NIEVES.—(*La interrumpe.*) Si yo no quiero colocarme, hija mía: debo de ser la única. No quiero hacer la competencia a nadie: ni a hombres ni a mujeres. En el fondo, como siempre, las auténticas liberadas somos las ricas, que tenemos quien nos doble en los peores papeles; que podemos costearnos el lujo de ser políticas o banqueras o abogaditas como tú, o de tocarnos a dos manos las narices, que es lo mío.

DIANA.—Pues, antes de que nos las toques a nosotros, ¿por qué no vamos todos a tomar una copa?

MARCOS.—Yo vine aquí porque no tengo un duro.

CLAUDIO.—Te invito yo.

DIANA.—Soy yo quien ha invitado.

NIEVES.—Eso significa que seré yo quien pague. (A

MARCOS.) ¿Cómo has dicho que te llamas?

DIANA.—Se llama Marcos, mamá, pero no te sientas en la obligación de llamarlo a troche y moche.

NIEVES.—(*Pasa su brazo bajo el de MARCOS.*) Hay pajarillos, Marcos, que se morirían si los metiesen en una jaula. Sobre todo si fuera como esta (*Mira alrededor.*), qué horror. (*Pasa su otro brazo bajo el de CLAU-*

DIO.) Hay otros, que se morirían si los dejasen solos en un bosque... Hoy me siento poética. No sabría con qué pajarillo quedarme.

DIANA.—(*Que va apagando velas.*) No tienes por qué quedarte con ninguno.

NIEVES.—Lo decía por ti. O sea, que hablaba por boca de ganso, queridita.

DIANA.—De momento, no tengo que elegir: me quedo con los dos. (*Aparta a NIEVES y toma del brazo a los muchachos.*)

NIEVES.—Mala cosa. El que tiene dos sillas siempre acaba por sentarse en el suelo.

DIANA.—Pues en el suelo nos encontraremos. Te abrimos paso. Apaga y cierra, por favor. (*Sale con los muchachos. NIEVES sonrío, oprime el último interruptor y deja la escena a oscuras.*)

CUADRO SEGUNDO

En el apartamento de DIANA el calor humano ha subido varios grados. Una colcha india, las fundas de algunos cojines, son un fiel termómetro. DIANA hace flexiones y levanta pesas. MARCOS pasa alegremente un paño por los muebles, mientras tararea.

DIANA.—¿Quieres estarte quieto? No me dejas hacer gimnasia.

MARCOS.—Y tú no me dejas limpiar, que es lo mío. A estas horas las amas de casa están en el trabajo... Te noto tensa. Para eso, haber ido al bufete.

DIANA.—Es que no comprendo tu empeño en hacer de chacha todo el día.

MARCOS.—Llevo una semana viviendo a costa tuya. Muerto el robot, aquí soy el menordomo. Así me siento útil.

DIANA.—Eres un zoquete y un acomplejado.

MARCOS.—Nervios fuera. Si en tu bufete lo pasas mejor que ahora aquí, no lo dudes y largo.

DIANA.—El bufete, aparte de que le sirva a mi padre para trampear en sus negocios, es un capricho mío que él costea. Yo lo sé. Y Claudio, también.

MARCOS.—¿Que también lo sabe, o que también es un capricho que tu padre costea?

DIANA.—(*Le amenaza con una pesa.*) Las dos cosas... En casa, Claudio es como un hijo.

MARCOS.—¿Y para ti, un hermano...? Diana, la primera obligación de un ser vivo es la felicidad, esa rosa sin causa.

DIANA.—Qué agobio con las máximas indias. Hoy no tengo gana de reír.

MARCOS.—No te digo reír, sino ser feliz... Respira hondo...

DIANA.—Ya lo hago.

MARCOS.—Mira fuera. (*Abre el ventanal.*) La luz, el aire fresco y suave... Aumenta tú la belleza de lo que te rodea. Embelléceme a mí también.

DIANA.—Eso es imposible: no tienes arreglo.

MARCOS.—Que la tarde sea más bonita, más cálida por ti... Hazlo. Si no, estarás pecando contra la vida y sería mejor que fueras al jodido bufete.

DIANA.—(*Seria.*) Todo el mundo querría vivir de esa manera. Pero nadie te deja: ni la sociedad, ni la familia, ni la religión, ni el trabajo. Todo se dedica a impedirnos vivir hasta los topes. ¿Por qué crees que la gente bebe y

se droga y ve televisión? Por no caer en la cuenta de que le están tirando de los pies para que no se mueva, para que no se alegre, para que no alce el vuelo...

MARCOS.—(Serio.) Cuando te pones triste, estás más guapa... (Vuelve a su tono anterior, menos personal.) Verás luego qué descansada te quedas: más joven —no, más joven, no—, más lozana... (Ha empezado a darle un leve masaje.) La vida tiene dos caras: la alegría y la pena. Pero por cualquiera de las dos hay que darle las gracias. Traiga lo que traiga, hay que agarrarlo con las dos manos... Siempre nos da lo que necesitamos: ahora un riesgo, ahora pobreza, ahora un éxito, o una ilusión, o un desengaño...

DIANA.—¿Lo que necesitamos, o lo que ella necesita?

MARCOS.—Es lo mismo, aunque no lo entendamos.

DIANA.—(Por el masaje.) Así, así... Sigue. (Una pequeña pausa. El clic del teléfono.)

VOZ DE NIEVES.—Diana, he llamado al bufete. Me han dicho que no ibas porque estabas enferma. ¿Qué te pasa? Sé perfectamente que estás ahí (Redicha.), si bien comprendo que no quieras ponerte.

DIANA.—(Conecta.) No se te ocurra aparecer. Estoy metida en la cama intentando dormir, porque esta noche no he pegado ojo. (MARCOS lía un porro que fumará con DIANA.)

VOZ DE NIEVES.—Por supuesto que no iré, cariño. Yo no soy de esas madres pesadas que están dando la

lata a todas horas. (Con intención.) Sé que estarás ahí mucho mejor sola, en tu camita... En caso de urgencia, llámame. O que me llame Marcos, si es que sabe marcar. Ciao. Que os mejoréis los dos. (Se corta. MARCOS y DIANA se están mirando sonrientes. Clic del teléfono.)

VOZ DE CLAUDIO.—Soy Claudio. ¿Estás mejor? No te preocupes, en el bufete no ha pasado nada, no te hemos necesitado. Un beso. Cúidate. (Se corta.)

MARCOS.—Cuánto te quieren. Para que te quejes...

DIANA.—Menos guasa. Ya estoy más relajada, pero sigue... (Da una calada.) Es que a ti te ha sucedido ya todo, y a mí, nada o casi nada. Ojalá me pasara algo escalofriante... Tú puedes hablar horas enteras de tu destino, y yo no puedo decir nada del mío. Una niña rica, con un amante un poco extraño y con un trabajo a su medida que, a pesar de todo, le viene grande. Nada más... Por eso tus conversaciones sobre la «trascendencia» tienen para mí un interés relativo. Me recuerdan al teatro. Y no conozco a nadie de menos de sesenta años que haya ido ni una sola vez al teatro... Lo que me gustaría es que me pasaran cosas...

MARCOS.—(Pellizcándole una mejilla.) Ay, qué aguijoncillos tiene el espíritu de esta juventud. Es peor que una avispa. Y terco como un tábano. Y torpe como un burro. Y farsante como un avestruz.

DIANA.—¿Los avestruces son farsantes?

MARCOS.—No lo sé, pero puedo enterarme. Por de pronto, son tontos.

DIANA.—Qué difícil que un hombre mayor se entienda con una muchacha que puede ser...

MARCOS.—*(La interrumpe.)* Sí, lo sé: su hija.

DIANA.—Yo iba a decir su nieta, pero en fin... *(Se ríen.)* En cualquier caso no soy tu ideal, ¿a que no?

MARCOS.—No. *(Continúa el masaje en los momentos en que no fuma.)* El ideal, qué estafa... Me gustaría saber por qué has llegado a esa conclusión.

DIANA.—Porque a ti te gustan las viejas. Esas viejas que hablan para sentirse vivas, que recuerdan, que te escuchan *(Afirma.)* haciendo así con la cabeza, que se quedan sentadas mientras las entretienes...

MARCOS.—¿Como tu madre, por ejemplo?

DIANA.—*(Ríe y continúa.)* Que no te plantean cuestiones espinosas, y a las que les da igual acostarse que no, hacer algo que no.

MARCOS.—En realidad, sois los jóvenes los que no hacéis nada. Todo el santo día pendientes de lo que hacen otros y de criticar a quienes hacen algo. Estáis parados; por necesidad o por vocación, pero parados. Y yo, te lo aseguro, no he parado en mi vida: de hacer cosas, de inventar, de exponerme, de lanzarme sin paracaídas...

DIANA.—Qué intrepidez.

MARCOS.—*(Sincero.)* Tú eres la que me frenas, desde que estoy aquí.

DIANA.—¿Que yo te freno? Si te estoy dando caña y metiéndote espuela. Si te estoy provocando. ¿Para qué

crees que me he quedado aquí hoy? *(MARCOS o no la entiende o no quiere entenderla.)* Cuando predicas desde el púlpito, te admiro por lo bien que hablas; pero no me creo nada de lo que dices.

MARCOS.—*(Ríe.)* Mejor... ¿Por qué?

DIANA.—Porque yo hablo lo mismito que tú cuando voy a decir algo que no es cierto. Con la misma rimbombancia. Desde chiquita.

MARCOS.—¿Pues no dice Claudio que tú no mientes nunca?

DIANA.—¿Qué sabrá él!

MARCOS.—*(Se pone de pie.)* Mira, marisabidilla, voy a hacerte un té. Si es que consigo saber a qué botón se da... Pero un té como Dios manda. Con su ceremonia... Prepárate: tú eres una tímida invitada y yo soy tu anfitriona. *(Mientras continúa la escena, se ponen batas, moños, palos en la cabeza como si fuesen agujas, calcetines blancos gruesos, y se hacen reverencias y saludos, como en una versión hollywoodiense del Japón.)* En todos los monasterios zen y en todos los hogares que se precien, no como este, hay templitos para tomar el té. ¿Ves o no el panorama? Un precioso jardín. Un estanque sereno... Ocupate tú del decorado...

DIANA.—Cisnes bogando, sauces, juncos en las orillas... Llega a pasitos lentos la visitante. Se descalza. Deja fuera el calzado.

MARCOS.—*(Siseando.)* No se habla; no se hace ruido, las penas se quedan fuera con los zapatos... Ya esta-

mos dentro del espacio sagrado, cerca del té sagrado... Sentémonos en la postura correcta. (*Lo hace. Ella lo imita.*) He aquí el recipiente. El agua canturrea al hervir. Es la canción del té, ¿la oyes? ¿Oyes trinar los pájaros del huerto? ¿Oyes la paz?... (*Se levanta.*) Yo lo preparo con movimientos tenues, gráciles, como si bailara... No; es que bailo... Me inclino. Coloco ante ti las tazas y los platillos. Te reverencio como a un dios. Tú me respondes. Respóndeme...

DIANA.—(*Se inclina.*) Como a un dios... Recibo con respeto esta bebida... (*Realista.*) La taza está vacía.

MARCOS.—Es un ensayo... (*DIANA bebe.*) Hala, de un tirón, qué frangollona: te vas a esgoñifar. (*DIANA se ríe. Él retoma su papel.*) Aspira antes su aroma. Respíralo. Percibe su calor entre tus manos. Toma pequeños sorbos. No hay prisa. Nunca hay prisa: es una plebeyez. El tiempo se ha parado: está aquí, sentadito, entre nosotros dos, tomando el té. Alguien toca una cítara (*Lo hacen ellos.*): óyela. La tarde es una fiesta: huélela, tócala.

DIANA.—La tarde es una fiesta para nosotros dos. (*Ha atardecido.*) ¿Dónde se van los días cuando se van?

MARCOS.—Se quedan con nosotros, dentro del corazón.

DIANA.—Dentro del corazón... (*Se inclina sobre él.*) No lo oigo casi.

MARCOS.—(*Duda si levantarse o continuar.*) Así tendríamos que obrar siempre con todo: dándole su impor-

tancia, notando su hermosura... Con estas pastas (*Lo va acariciando todo.*), con tu ropa, con tu piel...

DIANA.—Con tu piel, con tu ropa, con estas pastas espantosas...

MARCOS.—Todo tu alrededor es emanación tuya: esas pastas también... Mensajes de tu forma de ser, de tu ser interior. Esta casa antes era el capricho de un decorador; pronto será *tu* casa... Y cuando estés enferma —pero de verdad, no como hoy que no has ido al bufete sólo por quedarte conmigo...

DIANA.—(*Suelta una carcajada.*) Presuntuoso, chulo.

MARCOS.—(*Continúa sus frases.*) Entonces, quédate en la cama como una reina. Convierte el día en un florero. Llama a quienes te quieran, no a los médicos, que no te entenderán. Y que un amigo —Claudio, por ejemplo, ¿o no?— venga a tocarte aunque sea la flauta, y a leerte poemas. Así te curarás...

DIANA.—(*Se pone de pie.*) Nunca sé si hablas en serio o no. Pero voy a meterme en la cama, para que tú me toques la flauta o lo que sea y me recites poemas.

MARCOS.—(*La detiene y la hace sentarse de nuevo.*) No quieras repetir tu fracaso. ¿Qué te pasa con Claudio? Que os comisteis el postre antes que los aperitivos. Después de haber llegado de repente al final (*Hace lo que va diciendo.*) —sin miradas, sin caricias a hurtadillas, sin roces que fingen ser casuales—, ¿qué quieres sentir ya cuando su mano se apoya en la tuya, o su rodilla contra tu rodilla, o con un beso así, como una mariposa

sobre tu párpado? Qué costoso es el camino de vuelta: conseguir que el aperitivo nos atraiga después de habernos atiborrado de arroz con leche... (DIANA ha cerrado los ojos. MARCOS la ha estado envolviendo.) Antes estaba de moda dificultar el amor; hoy, darle facilidades. Antes ponían kilómetros entre el sofá y la cama; hoy todo el mundo tiene un sofá convertible...

DIANA.—Sigue, sigue... (Se abre la puerta y entran NIEVES y CLAUDIO, éste guardándose las llaves. ¿Por qué tenemos la sensación de que hay, entre ellos, una complicidad; de que han tramado algo juntos?)

NIEVES.—Qué casualidad: me he tropezado con Claudio en la puerta de la calle. Tienes una cara magnífica... Los dos.

CLAUDIO.—Hola. (Besa a DIANA como si no lo hiciera.)

MARCOS.—(A DIANA.) Lo que acabo de decirte.

NIEVES.—¿Se puede saber qué hacéis así vestidos? (Empiezan a quitarse los disfraces DIANA y MARCOS.)

DIANA.—¿Cómo esperabais encontrarnos: en pelota picada? ¿No se os ha pasado ni por la imaginación que quisiera estar sola?

CLAUDIO.—(Por MARCOS, provocando cierta tensión.) Es que no estás sola.

NIEVES.—(Para romper la pausa.) He traído unas horribles pastas.

DIANA.—Las tengo repetidas.

NIEVES.—¿Queda té?

DIANA.—Aún no lo hemos tomado. (Va hacia la cocina.)

MARCOS.—(Interponiéndose.) Para eso estoy yo. (Ya todo ha cambiado. Se sirve el té sin ceremonia. Cada uno tiene su taza en la mano. Tintinean las cucharillas. Suena el teléfono.)

DIANA.—Qué manera de joderse una tarde.

VOZ DE TERESA.—¿Qué hay, Diana? Soy Teresa.

DIANA.—Lo que faltaba: la de Zamora.

VOZ DE TERESA.—Te llamo porque voy a ir a Madrid este fin de semana. ¿Me podría quedar en tu apartamento? Tengo muchas cosas que contarte.

DIANA.—(Aprieta el botón del contestador.) Teresa, soy yo. Cuánto siento no estar aquí cuando llegues. Salgo esta misma noche para Bruselas. Te telefono en cuanto vuelva.

VOZ DE TERESA.—Qué pena. Ay qué pena. Entonces...

DIANA.—Te telefono sin falta, ¿eh? Un beso.

VOZ DE TERESA.—Yo quería...

DIANA.—(La interrumpe.) Un beso. (Corta.)

NIEVES.—¿Qué vais a hacer en Bruselas? Porque supongo que Claudio irá contigo.

DIANA.—No, no va a venir conmigo. (Pausa tensa.) Además, yo no voy a moverme de Madrid.

NIEVES.—No entiendo nada. Si tú no mientes nunca. Buenas regañinas te has llevado por eso. (A MARCOS.) De pequeñita, a mí me daban ganas de decirle: «Niña, ¿por qué no mientes como todo el mundo?»

CLAUDIO.—(Un poco apartado.) Decir siempre la verdad es una insensatez.

DIANA.—Peor: es una forma de mentir.

MARCOS.—La verdad, como valor absoluto, es improbable. (*Mira a CLAUDIO, que cruza la escena mientras habla.*) Lo malo para muchos no es decirla: es saberla.

CLAUDIO.—La verdad de esta casa es que el cuarto de huéspedes está muy ocupado.

NIEVES.—(*Por CLAUDIO.*) Nadie anda con tanto ritmo como un atleta un segundo antes de dislocarse un pie. ¿Estáis de morros? (*DIANA se encoge de hombros. MARCOS va hacia CLAUDIO.*)

MARCOS.—¿Quieres que te quite esa cara de enfado? (*Ahora es CLAUDIO quien se encoge de hombros. MARCOS pone una música.*) Olvídate un momento de todo, y baila. Venga, con violencia. Vamos. Yo bailo contigo. (*Le sonrío.*) Desahógate. Rómpete. (*A las mujeres.*) Y vosotras, también. No se baila sólo con quien se está bailando, sino con todas las parejas a la vez. Adelante. (*Baila con ellos.*) La mística de la alegría, la comunidad de la fiesta. (*Vuelve a CLAUDIO.*) La compañía tiene un efecto multiplicador. (*Han empezado a moverse todos.*) Ahora, más despacio, más despacito. (*A CLAUDIO.*) Déjate llevar por la música. Muévete dentro de ella. Desaparece tú; déjala sola, siente cómo baila ella en ti... Más suave aún. Ya no estás, ya no estás... Tu irritación se ha transformado en armonía. (*A las mujeres.*) Y la vuestra, ¿a que sí?

NIEVES.—Anda, ¿es que había que estar irritada?

(*Todavía moviéndose, a DIANA.*) Este hombre es milagroso: menudo chollo, hija. Un *criado* como él querría yo para mí. (*DIANA va a arrancarse. La detiene, con la voz y el gesto, MARCOS.*)

MARCOS.—La clave de la vida es celebrarlo todo, regocijarse en todo... (*A CLAUDIO.*) Ríete, por favor. Reíd vosotras. Hala, hala, a reír. (*Va levantándose con los dedos los labios, se mueve, se contorsiona, besa a las mujeres... Hasta que van rompiendo todos a reír.*)

NIEVES.—Ya que estamos tan animados, no quiero té: me tomaría una copa.

MARCOS.—Yo sirvo. Para eso estoy aquí. (*Se lo dice a ella y a CLAUDIO, con intención.*)

CLAUDIO.—¿Seguro que estás aquí para eso? ¿No querrás algo más? ¿Por qué no apareciste en casa de algún pobre? Ellos necesitan más la terapia de grupo. A mí, los bailecitos no me impiden razonar.

MARCOS.—Peor para ti.

CLAUDIO.—(*Mastica las palabras.*) Los santones y los gurús siempre actúan en beneficio propio.

MARCOS.—(*Sonriéndole.*) Estás celoso. Eso es bueno.

CLAUDIO.—¿Celoso de quién? ¿De un sacamuelas como tú?

MARCOS.—De mí, o no de mí: depende de cómo lo mires.

CLAUDIO.—Habla claro por una vez.

NIEVES.—(*Con unos vasos.*) Chicos, chicos, la copa de la paz. Qué bobos sois.

CLAUDIO.—Venga. Estoy esperando.

NIEVES.—No seas niño, Claudio. (A MARCOS.) Y tú no le hagas caso.

DIANA.—No te metas, mamá.

MARCOS.—(A CLAUDIO.) Pregúntate quién te hace mayor daño: yo, porque me interpongo entre Diana y tú, o Diana, porque se interpone entre tú y yo.

CLAUDIO.—(Avanzando amenazador.) ¿Qué dices?

DIANA.—(A NIEVES, que va a ponerse en medio.) Quieta, mamá, esto hay que oírlo bien.

MARCOS.—Pregúntatelo. Si te contestas la verdad —cualquiera que sea la respuesta—, serás de verdad un hombre. (CLAUDIO se lanza contra MARCOS. Hay un forcejeo. MARCOS, con una llave, le coloca a CLAUDIO un brazo a la espalda. Tienen las caras juntas.)

CLAUDIO.—Te odio. Te odié desde el primer momento.

NIEVES.—Haz algo, Diana. (CLAUDIO se libera y golpea a MARCOS en la mandíbula.)

MARCOS.—Yo no soy violento. No me obligues. (Un nuevo puñetazo hace que MARCOS caiga contra el aparente sofá. Se levanta y con un par de movimientos de lucha oriental, decisivos, pone la espalda de CLAUDIO contra el suelo.)

NIEVES.—Qué ilusión. Peleas así sólo las había visto yo en el cine: creí que eran cosas del montaje.

DIANA.—(A MARCOS.) Suéltalo. (MARCOS lo hace.) Si crees que me inspiras algo así como veneración, estás

absolutamente equivocado. No sirvo como discípula de gurús.

MARCOS.—Ni como discípula de nada. (CLAUDIO ha cogido un vaso y le arroja el contenido a la cara. MARCOS no se inmuta.)

DIANA.—Sería estupendo que cayeras en la cuenta de que soy una mujer adulta y de que tomo mis propias decisiones.

MARCOS.—¿Cuáles son?

DIANA.—La primera, que salgas de mi casa. Ahora.

MARCOS.—De acuerdo. (A CLAUDIO.) He creído que eras un hombre y te estaba tratando como a un hombre. Eres un colegial que necesita aún que lo defiendan. (CLAUDIO se abalanza de nuevo. DIANA se interpone. A ella:) Y tú, igual.

DIANA.—Recoge tus cosas. (Tira de la colcha india. Se la arroja a los pies.)

MARCOS.—No tengo nada que recoger. Muy buenas noches.

NIEVES.—Si Marcos le pidiera perdón a Claudio... O quizá viceversa.... (MARCOS le sonríe y le besa la mano.)

DIANA.—No intervengas. Ni opines.

MARCOS.—(Al salir ya.) La cena está en el horno. (Va, cerrando la puerta.)

NIEVES.—Buena suerte. (Después de una pausa.) Ese hombre no tenía más que un defecto: estar siempre demasiado presente... Me daba pena ser un poco mayor

que él. Y el caso es que, a su lado, no me encontraba crispada, ni osteoporótica, ni decrepita, ni hostil, ni inútil, ni amargada... (*Ha esperado que hablen los jóvenes, en vano.*) No sé cómo me encontraréis vosotros, pero os participo que me importa un pimiento.

CLAUDIO.—(*A espaldas de DIANA, que sigue mirando la puerta, se dirige a NIEVES.*) Siento que me haya vencido delante de ti.

DIANA.—(*Que cree que se lo dice a ella.*) ¿De mí? Por mí no te preocupes: lo sabía. (*Se vuelve y advierte su equivocación. Mira a la puerta de nuevo.*) El mundo no es tan inocente como nos gustaría creer, Claudio. Y nosotros, tampoco. ¿Qué podremos hacer de ahora en adelante? (*Sobre el silencio que sigue, baja la luz.*)

CUADRO TERCERO

En el oscuro se escucha la voz grabada de MARCOS, que surge de un vídeo a través de la pantalla de televisión. Cuando viene la luz, DIANA pasea nerviosa fumando, y CLAUDIO hace como que hojea una revista.

VOZ DE MARCOS.—El hombre y la mujer que viven totalmente son los enemigos más peligrosos para esta sociedad. Porque no tienen ambiciones que ella pueda satisfacer mientras los domestica: no se venden, no es posible obligarlos a hacer ninguna guerra ni adorar a falsos dioses. Tienen el paraíso dentro de ellos. Y esta sociedad odia a quienes, aunque no posean nada, no aspiran a nada de lo que ella les ofrece, ni la temen. Por eso la vida es para los valientes...

DIANA.—(*Se interrumpe la grabación. Ella continúa su mensaje.*) Se necesita ser tan valiente para estar insegura...

CLAUDIO.—(*Levanta los ojos de la revista y continúa.*) Vivir no tiene metas. Quien cree que ha llegado lo que ha hecho es morirse. Se sienta, y terminan así la exploración y la aventura y los descubrimientos.

DIANA.—Cualquier seguridad es un engaño. Y una muerte, porque la seguridad mata hasta al amor. (*DIANA se ha detenido y ambos se miran.*)

DIANA y CLAUDIO.—(*Como si se hubieran puesto de acuerdo.*) El amor es salvaje. La vida es salvaje. La vida y el amor son lo contrario de la monotonía.

CLAUDIO.—(*Después de una pausa.*) Te ha dado por fumar. (*Mirada feroz de DIANA.*) ¿Por qué no pones música?

DIANA.—¿Te parece esto poca música?

CLAUDIO.—Nos lo sabemos de memoria.

DIANA.—No es cuestión de repetirlo, sino de practicarlo.

CLAUDIO.—Nosotros no estamos hechos para eso.

DIANA.—No hables por mí.

CLAUDIO.—Entonces, ¿por qué lo echaste de tu casa?

DIANA.—Por ti. Porque era demasiado fuerte para ti.

CLAUDIO.—(*Se pone de pie.*) Si te parece, me voy y lo llamas a él.

DIANA.—(*Con voz mojada.*) ¿Crees que, si supiera cómo, no lo habría llamado? Pero ¿adónde? No sé dónde estará, ni quiénes son sus amigos, ni a qué sitio irá a dormir o a comer o a beber copas. Ni si tiene dinero para

copas. Ni si estará cantando por las calles... Hay que ver, sólo con su voz, cómo llena la casa.

CLAUDIO.—¿Estás enamorada de él?

DIANA.—¿Cómo puedes preguntar semejante simpleza? ¿Qué tiene que ver el amor con esta historia? ¿Y de qué amor me hablas, precisamente tú?

CLAUDIO.—(*En una queja.*) Desde que se fue no nos hemos acostado.

DIANA.—Eso mismo podría decirte yo.

CLAUDIO.—Tú siempre eras la que lo sugerías... ¿Quieres que lo hagamos ahora mismo?

DIANA.—El amor no es cosa de dos mendigos que se piden limosna el uno al otro...

CLAUDIO.—(*La interrumpe.*) Lo estás citando a él.

DIANA.—(*Concluyendo la cita.*) Sino de dos acaudalados que deciden compartir su riqueza, y cada uno es un regalo para el otro, y se dan mutuamente gracias por el regalo... (*Pensativa, como para sí.*) Nadie debe dominar a quien ama. Si no son los dos soberanos, serán incapaces de amor. Porque no es que se *esté* enamorado, sino que se *es* amor. Para cualquiera que se acerque. Como una flor que perfuma porque sí, incluso a su pesar, incluso cuando no hay nadie que perciba su olor...

CLAUDIO.—Esas cosas son bonitas de oír, pero yo no conozco a nadie —no conocemos a nadie— que obre así.

DIANA.—Pues deberemos dejar de conocer a los que conocemos.

CLAUDIO.—¿Y no te distraería ir al trabajo?

DIANA.—No le veo el objeto a hablar siempre de pérdidas y ganancias.

CLAUDIO.—Pero eso era, hasta que llegó él, toda nuestra vida.

DIANA.—Nos estafábamos pensando que lo era.

CLAUDIO.—Y nuestro porvenir.

DIANA.—Ha dejado de importarme también el porvenir: me importa este momento. Y no me gusta.

CLAUDIO.—Entonces él, ¿qué ha sido para ti: una aventura?

DIANA.—El amor es un sentimiento alucinógeno; la aventura, un sucedáneo que alguien toma para complacerse o complacer a otro. Si quieres que te diga la verdad, he aprendido una lección perturbadora, pero no sé a qué asignatura pertenece ni dónde debo examinarme de ella.

CLAUDIO.—Él te ha contagiado... *(Tras una pausa.)* ¿Por qué no pones un anuncio en los periódicos?

DIANA.—*(Se detiene.)* ¿Hablas en serio? *(CLAUDIO afirma.)* ¿Y quién nos asegura que él lee algún periódico? Aquí no los leía. Y además ni siquiera sabemos su apellido.

CLAUDIO.—Podemos poner el nombre sólo; con eso bastará. Siempre habrá alguien que lo avise. Tendrá muchos amigos...

DIANA.—Sería un disparate. *(Pausa pequeña.)* ¿Lo intentamos?

CLAUDIO.—*(Animado.)* Venga.

DIANA.—*(Trae un bloque de papel.)* A Marcos, el viajero...

CLAUDIO.—Mujer, ni que fuera Marco Polo.

DIANA.—Vale. A Marcos, el maestro...

CLAUDIO.—¿De primera enseñanza o de segunda?

DIANA.—*(Tirándole el bloc.)* Escríbelo tú.

CLAUDIO.—*(Escribe.)* «Marcos, te estamos esperando. Termina de enseñarnos a bailar.»

DIANA.—*(Sobre el hombro de CLAUDIO.)* «Vuelve, Marcos. La tetera está dispuesta todavía. Diana.»

CLAUDIO.—Firma Claudio también, para que vea que yo no estoy en contra de su vuelta.

DIANA.—*(Va al teléfono y marca un número.)* Sí. Mire, quisiera poner un anuncio personal en todos los diarios. En todos, sí. Está bien, con recuadro. Desde mañana mismo... ¿El mío? 3592057 *(Cuelga.)* Al naufrago que tira al mar una botella con un mensaje dentro, ¿le temblarán las manos? *(Llamada del teléfono, que ella descuelga.)* Sí... Diana Soler... El texto es el siguiente: Marcos, vuelve enseguida... Sí, enseguida. La tetera está todavía preparada... *(Se abre la puerta, aparece MARCOS con una cítara bajo el brazo. DIANA, casi en un grito, al teléfono.)* ¿Qué?... Déjeme de teteras. *(Cuelga el teléfono. Un momento de expectación.)*

MARCOS.—Vengo a devolver la llave. Me la llevé por descuido el otro día. *(Se acercan los dos jóvenes a él. Se*

miran los tres. Se abrazan. MARCOS aproxima a DIANA y CLAUDIO. Se besan entre sí. DIANA, como recuperando el movimiento, va muy activamente a poner al fuego la tetera. CLAUDIO coloca las tazas. MARCOS se sienta sobre un cojín, tañe la cítara, y canta en voz baja la canción de Los bellos durmientes. Los otros se incorporan a la canción.)

MARCOS.— Cuando estás respirando,
el aire que respiras es amor.
Cuando sueñas de noche,
el sueño en que navegas es amor.
Cuando por fin despiertes,
el beso que recibas será amor.

LOS TRES.— Pero, si me preguntas,
¿qué podrán contestarte las palabras?
Ellas no saben expresar mi amor.
Si tú no lo respiras en el aire,
si tú no lo presientes en el sueño,
si el beso del amor no te despierta,
¿qué podrán aclararte las palabras?
Ellas no saben expresar mi amor.

Ven y mira mis ojos:
en ellos vas a ver lo que es amor.
Ven y toma mis brazos:
en ellos sentirás lo que es amor.
Ven y oye mi silencio:
algo en él te dirá lo que es amor.

Pero, si me preguntas,
¿qué podrán contestarte las palabras?
Ellas no saben expresar mi amor.
Si tú no lo adivinas en mis ojos,
si tú no das con él entre mis brazos,
si no escuchas mi voz en mi silencio,
¿qué podrán aclararte las palabras?
Ellas no saben expresar mi amor.

(Sobre los tres agrupados va viniendo lentamente el oscuro.)

SEGUNDA PARTE

CUADRO PRIMERO

El apartamento de DIANA tiene ahora poco que ver con el del principio. Es un espacio vivido y hasta algo descuidado: algún vaso sucio y fuera de su sitio, la cama a medio hacer... Atardece. NIEVES se acaba de servir una copa. Se advierte que está esperando a alguien. Mira el reloj. Pone la televisión. Una escena de cama.

NIEVES.—Me pregunto qué mujer preferirá ver a otra haciendo el amor pudiendo hacerlo ella misma. Debe de haber muchas tan solas como yo; si no, la televisión no existiría. *(La apaga. Tararea. Hay una pausa. Se abre la puerta y entra DIANA.)* Qué pronto vienes.

DIANA.—*(Que venía ensimismada.)* Vaya susto.

NIEVES.—Cree que llegarías más tarde.

DIANA.—No sé ni la hora que es. ¿Por dónde has entrado?

NIEVES.—Por donde tú: tengo un juego de llaves.

DIANA.—¿Vienes por algo especial?

NIEVES.—Sí; por ti. Últimamente estás muy rara. Hasta tu padre, que es un topo, se ha fijado. Y los del bufete, no digamos. Cuando pueden echarte el ojo encima... Por ejemplo, hoy no has ido.

DIANA.—Tenía que hacer unas compras.

NIEVES.—¿Qué has comprado?

DIANA.—Nada.

NIEVES.—Un éxito.

DIANA.—Me quedé sola y salí a pasear; pero me sentí sola, y me volví.

NIEVES.—Otro éxito... A ti, que se te caía la casa encima, y no venías más que a cambiarte, ahora te ha dado por el dulce hogar y no sales de aquí... Diana, ¿no eres feliz?

DIANA.—(Rotunda.) De ninguna manera. Pero si con este preámbulo tratas de preguntarme si estoy embarazada, te diré que no.

NIEVES.—¿Embarazada? Qué locura. Qué más quisiera yo... Bueno, ser abuela tan joven... Qué prisa hay, ¿verdad?

DIANA.—¿Me ha llamado Marcos desde el bufete? Claudio, quiero decir.

NIEVES.—No, quieres decir Marcos. Pero en fin, no ha llamado nadie. Un recadito sí que hay. (Le alarga un papel.) Puedes leerlo en alto porque yo ya lo he leído.

DIANA.—(Lee.) «No estabas. Salgo. No sé cuándo volveré. Marcos.» ¿Qué significa esto?

NIEVES.—Pues seguramente que no sabe cuándo volverá.

DIANA.—Pero ¿hoy, o en general?

NIEVES.—Tú sabrás. Depende de la última conversación que hayáis tenido.

DIANA.—Con Marcos es imposible tener una conversación: él siempre está hablando de otra cosa.

NIEVES.—De otra cosa distinta de lo que te interesa a ti, claro.

DIANA.—Mamá, no empieces. No estoy para matracas.

NIEVES.—No sé para qué os sirve tanto talento y tanta libertad. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

DIANA.—No hables en parábolas, mamá.

NIEVES.—¿Yo? Si no sé ni lo que son parábolas. Como no sea la del hijo pródigo. ¿O tampoco?... Mírate a un espejo. ¿Dónde están en esta maldita casa los espejos? Desmejorada, a medio peinar, hecha una facha. Cuando eras una niña... (DIANA se echa en sus brazos, compungida.) Cuando eras una niña, te acurrucabas contra mí sin decir nada, pidiendo que te quisiera mucho, que no te exigiera nada a cambio, que te dispensara de cualquier obligación: hacer las tareas, ir tempranito al colegio... (Un sollozo de DIANA.) Te suceda lo que te suceda, Diana, yo te juro que no es el fin del mundo: será, como mucho, el fin de una etapa. Aunque tu vida fuese el Tour de Francia, una etapa. A lo mejor es que no debes seguir pedaleando al mismo ritmo, o por la misma ruta, no sé... Sea lo que sea, tú siéntate; eres fuer-

te: pon las cosas en claro. *(Se señala el pecho.)* Ahí dentro, por supuesto. Y no te levantes hasta que no sepas dónde quieres ir y con quién. Sobre todo, con quién. Pero mira las cosas de frente, ¿eh?, sin engaños. El juego ese del avestruz no sirve más que para llenarse la boca se arena...

DIANA.—*(Como una niña recordando la misma pregunta.)* ¿Tú crees que los avestruces son unos farsantes, mamá?

NIEVES.—No lo sé, hija mía, pero puedo enterarme. Lo que creo que son es medio tontos... *(Ríe DIANA.)* Ya estás mejor. Las cosas que pasan son cosas, nada más. Si te pasan a ti, es porque tú eres más importante que ellas. Y además, pasan, ¿comprendes?, no se quedan... Vaya liberada que estás hecha si, como primera providencia, no te liberas de esa congoja.

DIANA.—Es que no sé qué me sucede. Antes, yo...

NIEVES.—¿Seguro que no?

DIANA.—Seguro.

NIEVES.—Eso es más grave, porque yo sí lo sé.

DIANA.—Ya empiezas otra vez.

NIEVES.—Tú es que estás convencida de que soy una mema. Pues no. ¿De veras crees que me conoces? Ni por el forro. No olvides que soy tu madre, y de una madre nunca se sabe casi nada: ni siquiera que un día fue más joven que nosotros... Claro, que ser más joven que tú no es difícil: yo lo soy. *(Le golpea la mejilla.)* Tú eres una vieja resabiada con la boca fruncida. *(DIANA sonríe.)*

DIANA.—Está bien: ¿qué me pasa?

NIEVES.—¿Por qué no coges al toro por los cuernos? *(Cortada.)* También yo... Vaya comparación. Mira, una mujer enamorada es una mentecata.

DIANA.—¿Lo dices por ti?

NIEVES.—No, lo digo por ti... Bueno, a mí no me ha faltado nunca algún pretendiente; pero pensé que no merecía la pena arriesgar, por un par de achuchones, mi carrera. O lo que creí que era mi carrera. Probablemente me equivoqué, y los achuchones me habrían servido para avanzar por ella. Ahora, ya... Tú no te avergüences jamás de reconocer que estás enamorada.

DIANA.—¿Enamorada yo? ¿De quién?

NIEVES.—De quien sea. Tú sabrás... Pero no te avergüences. A mí me da risa —hoy— pensar que para una pobre mujer todo es vergonzoso: enamorarse y dejar de estar enamorada; empezar a tener la regla y empezar a no tener la regla... Qué pesadez. Todo se nos vuelve ocultaciones. Yo estoy hasta el moño de jugar al escondite. Por muy liberada que seas, seguro que no habrías elegido ser mujer en este mundo de machos averiados. Pero lo somos, hija, ¿o no lo somos? *(DIANA afirma.)* Pues vamos a serlo por las bravas, coño.

DIANA.—*(Riéndose.)* Mamá.

NIEVES.—Ni mamá, ni papá. Si estás enamorada, da la cara.

DIANA.—Pero qué cara ni qué ocho cuartos. No seas prehistórica. En tu época, el único acontecimiento de la

vida de una mujer era el amor. Y le pasaba por lo alto como una apisonadora... Estás obsesionada.

NIEVES.—¿Has dicho *obsexionada*? Pues sí, lo estoy. Y en eso mi época, como tú dices, es igualita que esta. Por mucho que te hayas liberado, imagino que no serás exactamente lo contrario de lo que yo fui. Y de lo que soy... Voy a darte un consejo que una madre no daría jamás de los jamases a su hija. ¿No sientes dentro de ti como una primavera?

DIANA.—Y fuera también. Es que estamos en mayo.

NIEVES.—No seas prosaica, niña. Déjame hablar en parábolas. ¿No sientes algo que te arrastra a vivir con más intensidad, una insatisfacción por lo que haces, una necesidad de suspirar? ¿No se te va el santo al cielo de repente?

DIANA.—Pues mira, ahora que lo dices, no.

NIEVES.—¿Lo juras?

DIANA.—Lo juro.

NIEVES.—Conque no, ¿eh? Pues entonces, estás enamorada. A tu manera, no va a ser a la mía. Lo que yo te aconsejo es que lo pruebes.

DIANA.—¿El qué?

NIEVES.—El qué, no: a quién.

DIANA.—¿A quién?

NIEVES.—Lo sabes de sobra: a Marcos.

DIANA.—Acabáramos. ¿Era eso? (*Se echa a retr.*)

NIEVES.—(*Trata de recuperar el terreno perdido.*) Puede que a quien quieras sea a Claudio, lo respeto; pero

el que te trae por la calle de la amargura es Marcos. Acuéstate con él. Sencillamente. Así tendrás elementos de juicio, o de comparación, o de lo que sea. Te lo meterás en un bolsillo —si es que es en un bolsillo donde quieres metértelo— y te lo sacarás de la cabeza. No le des más vueltas. Y no te hagas la indescifrable para llevarme la contraria, que me jode mucho.

DIANA.—Mamá, no sé si recuerdas que, para acostarse, hacen falta dos. Y él (*Golpeando el papel del recado.*), aquí lo dice, tardará en volver.

NIEVES.—Ahí no dice nada de eso. Dice que no sabe cuándo.

DIANA.—(*Sincera.*) Él no se motiva conmigo. No le gusto.

NIEVES.—Eso es una gansada. Cuando una mujer se lo propone, no hay hombre que se le resista. Caray, estamos en España. Todavía; cuando seamos nórdicos, ya veremos. Aunque sea sólo por dignidad. ¿No eras tú tan moderna? Pues te acuestas con él como si te lavarás la cabeza con un champú a prueba. Y a otra cosa. Higiene, hija, pura higiene.

DIANA.—Mamá, el orgasmo múltiple femenino ha hundido al hombre, acobardado por no poder satisfacerlos. No me extraña que haya tanta lesbiana.

NIEVES.—Anda, morena. Eso es mear fuera del tiesto, hija, pero en fin... A mí no me habría importado ser lesbiana. Lo que pasa es que en mi juventud —o sea, anteayer— no se llevaba. Y no se me ocurrió, la verdad.

Ahora ya es tarde para cambiar de acera. Pero lo que es tú, tan a tiempo como estás, a lo tuyo. O a lo de los demás. Ser bisexual es lo más indicado: con lo poco que se vive, hacerle ascos a un sexo no deja de ser un fallo. Y un despilfarro, desde luego... *(A lo que iba.)* Pero como, salvo que estés liada con Teresa la de Zamora, no es tu caso, ¿por qué no lo intentamos con Marcos y salimos de dudas? Ponte en mis manos: yo te prepararé... Y, llegado el gran momento, no toleres que tu sexo se reduzca a tu sexo. Si no te pasa nada, no finjas que te pasa; no quieras halagar al señor: no sirve para nada; no seas tan ridícula como yo. Ahora, si tienes el privilegio de que te pase, no lo disimules: canta, chilla, reza, no seas —otra vez— tan ridícula como yo. Ríndete con armas y bagajes; sobre todo con armas, sin consentir que a él se le rindan las tuyas. Disuélvete en él como un terrón de azúcar. Olvídate de ti, de tu talento, de tu afán por ganar la partida. Hija, recuérdalo: ganar ahí, es perder.

DIANA.—Basta. Yo haré lo que me salga del níspero, mamá.

NIEVES.—Si llamas níspero a lo que yo llamo miguelito, no lo harás de ninguna manera, salvo que lo que te salga del níspero sea obedecerme a mí. Porque yo sabré poco, pero es que tú no sabes ni deletrear la palabra cama.

DIANA.—*(Sin resistencia.)* Qué sencillo es aconsejar.

NIEVES.—Tú ayúdame. ¿Te acuerdas de aquel cami-

són color de té con encaje de Bruselas que te regalé para tu ajuar?

DIANA.—Sí, una antigualla aterradora.

NIEVES.—Quieres decir divina. Pues tráela.

DIANA.—Sabe Dios dónde estará.

NIEVES.—Búscala. *(Mientras lo hace.)* Y ten presente lo que sigue: son experiencias mías que, por desgracia, he tenido mucho tiempo para digerir. Primera, nadie nace para otra persona concreta: lo de las medias naranjas es un timo: naranjas de la China. Segunda, nadie tiene por qué satisfacer los ideales de nadie: el amor ideal es nuestro peor enemigo, porque siempre deja mal a los otros. Y tercera, tú puedes ofrecer tu amor a alguien, pero no exigir que alguien te ofrezca el suyo.

DIANA.—Pues vaya moral con que me mandas al campo de batalla.

NIEVES.—Oye, moderna: «yo no estoy hablando de amor», como tú sueles decir; hablo de un polvo a secas.

DIANA.—*(Con el camisón en la mano.)* Aquí está este pingo.

NIEVES.—Póntelo, pónselo... *(Ríen.)* Póntelo, caramba. Si ninguna de tus técnicas ha dado resultado, prueba la mía, que tampoco es del siglo diecisiete. *(La ayuda a ponerse el camisón.)* Luego te tiendes así *(Lo marca.)*, en esta especie de... lo que sea, porque hay que ver... Seductora, sensual y perfumada. *(Le pone con su frasco de perfume un golpe en cada oreja y en las muñecas.)*

DIANA.—Qué peste a puta vieja.

NIEVES.—Un respeto, niña... Por el perfume lo digo, que es carísimo... Estás muy guapa. Me voy, que a lo mejor se adelanta la hora de la cacería... Ah, una música suave, para soñar, si es posible tal cosa en esta astronave. Un libro en las manos. Los ojos entornados... En fin, hija, lo sé, no me digas nada: una paparrucha; pero qué le vamos a hacer, las cosas son así. Mucha suerte... *(Ya en la puerta.)* Hasta ahora yo he hecho el papel de madre —muy mal, lo reconozco—, y tú, el de hija, tampoco como para aplaudirte. Y, claro, no nos hemos entendido. Pero esta noche las dos hemos dejado los papeles aparte, y estamos improvisando como Dios nos da a entender. *(Se ríe DIANA.)* Ya me contarás. Adiós. *(Falsa salida.)* Perdóname. Te quiero. Adiós. *(Sale.)*

DIANA.—Adiós, mamá. Yo también te quiero. *(Pone la música. Más o menos va obedeciendo las instrucciones. Se mira en el espejo oculto.)* Me está entrando un hambre... *(Va a tomarse un emparedado. Cita:)* «Qué tarde es ya, y el corazón no llega.» *(Mientras come a grandes mordiscos, coge un libro. Se mueve un poco al aire de la música.)* Todo va a salir bien... Marcos, de esta no escapas vivo. *(Abre el libro elegido mientras se recuesta.)*

«Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón los nidos a colgar
y otra vez con el ala en sus cristales
jugando llamarán...»

Pues mira, no es feo. *(Un ruido en la puerta. Deja caer el libro en su regazo. Se finge dormida. Entra MARCOS. Se acerca con una sonrisa irónica. Ella entorna los ojos.)* Ah, eres tú.

MARCOS.—¿Quién iba a ser?

DIANA.—*(Muy dulce.)* Claro.

MARCOS.—¿Estás enferma? *(DIANA niega.)* ¿Necesitas algo? *(DIANA niega. MARCOS se dispone a limpiar la mesa.)*

DIANA.—Pero ¿qué haces?

MARCOS.—Pues estropearle la escena.

DIANA.—*(Da un salto.)* Cabrón.

MARCOS.—*(Sigue limpiando impertérrito.)* Tu madre nunca usa posavasos y va dejando manchas por todos los cristales.

DIANA.—Qué mujercita de tu casa estás hecho.

MARCOS.—De la tuya.

DIANA.—*(En el colmo de la ira.)* Es inútil echar margaritas a puercos. Conque el sexo era un camino de elevación, ¿verdad? Conque por el sexo al infinito, ¿no? Conque la Humanidad nueva necesita sublimar la energía sexual.

MARCOS.—En efecto.

DIANA.—¿Dónde está esa energía? ¿Por qué no das nunca clases prácticas?... Eres un vendedor de mantas orientales, un impotente, un vejestorio...

MARCOS.—*(Termina de limpiar.)* Si quieres elevarte tirando de los cordones de tus zapatos, no conseguirás nada.

DIANA.—Palabras, palabras. Estoy harta... Por lo menos he llegado a la conclusión de que Claudio es quien me conviene. ¿Por qué no me habré dado cuenta antes? Yo soy la que decide, ¿lo oyes? Yo. Yo soy quien elige.

MARCOS.—Si eso era todo, muy buenas noches. *(Se inclina y se retira.)*

DIANA.—Sí; eso era todo, hijo de la gran puta... Y yo, vestida como para una tómbola. Quién me habrá mandado a mí meterme en esta camisa de once varas. ¿Qué habré hecho mal, Dios mío? Qué fracaso. *(Mientras se quita el camión a tirones, se hace el oscuro.)*

CUADRO SEGUNDO

Sentados prácticamente en el suelo, DIANA, MARCOS y CLAUDIO. Han debido fumar algo o fuman ahora. Y beben, aunque con tiento. MARCOS ha de producir la impresión de que dice más de lo que dice, o de que no habla completamente en serio. DIANA se dedica muy en especial a CLAUDIO, pero tampoco sabemos si lo hace de verdad: creemos que es más bien una actuación brindada a MARCOS, aunque lo contradiga.

MARCOS.—Puesto que acabaréis casándoos, os advierto que hay dos vías para llegar a la esencia de cada uno, o sea, al alma.

DIANA.—*(A CLAUDIO.)* Te dije que era un cura rebotado.

MARCOS.—Una es la meditación, el yoga, la oración en grupo. La otra es el sexo.

DIANA.—Empecemos por la segunda: la tenemos más a mano. *(Se aprieta contra CLAUDIO.)*

MARCOS.—(*Sonríe.*) En realidad, es la primera: el carbón también es anterior al diamante. Pero los efectos de las dos son parecidos: durante la meditación y durante la cópula, se pierde la individualidad y no existen pasado ni futuro, sólo presente, como en la eternidad.

DIANA.—Venga, vamos a ello.

CLAUDIO.—Nunca te había visto tan emprendedora.

DIANA.—Es que nunca me has visto.

MARCOS.—El sexo es la vía al alcance de todos, también de los animales. Pero la meditación nos humaniza.

DIANA.—Hoy me encuentro yo muy animal. (*Abraza a CLAUDIO.*)

CLAUDIO.—Pero Diana...

DIANA.—Hace tiempo que somos como hermanos, ¿no lo recuerdas?

CLAUDIO.—Sí, pero es mejor que lo recuerdes tú también.

MARCOS.—Lo malo del sexo es que no se hace de un modo reflexivo. Se reduce a unos cuantos gestos mecánicos y a un resultado más bien pobre.

DIANA.—Vamos, que, para irse a la cama con éxito, hay que hacer unos cursillos de cristiandad.

MARCOS.—No; la culpa es precisamente de los que anatematizaron el sexo: los hipócritas, los falsos religiosos, los puritanos. Al asustarse de la desnudez, dieron lugar a la pornografía; y, al separar el amor del erotismo, promocionaron el erotismo sin amor.

DIANA.—Bravo. (*Aplaude.*) Cada uno en su sitio.

CLAUDIO.—O sea, que el sexo se tiene que hacer con amor.

DIANA.—Qué inteligente eres, bonito. Cómo lo captas todo... Esta lección me la sé ya. (*Bebe.*)

CLAUDIO.—Anda, que tú eras la que no bebías: la mayor enemiga del alcohol.

DIANA.—Lo agradable no debe interrumpirse. Ahora viene la plática. (*Se levanta.*) Si estás enfadado, no hagas el amor; si sientes rabia o celos o ira, espérate. Una emanación negativa todo lo vuelve negativo. Cuando te hayas serenado, empezará el momento de compartir: de compartir lo positivo. (*Mira a MARCOS.*) ¿A que es así? (*Continúa.*) Dar. No importa lo que des, ni a quién lo des; importa dar. Cuanto más entregues, más tendrás... Igual que en esas bolsas inagotables de los cuentos. (*A CLAUDIO.*) ¿Me sigues? Si no tienes a alguien a tu lado, comparte con las cosas, con los animales, con la tierra o el aire. Y no esperes que nadie te dé las gracias: dadas tú a todo... (*Se apea de su discurso.*) Me aburre este afán de viajar a la India, estando ahí Laponia, que es más limpia y más fresca. O los Polos. O Australia... Esas recetas tuyas son chorradas. Por lo menos, tanto como mi parafernalia de aparatos (*Señala su alrededor.*), de los que nunca acabaré por sacar todo el partido posible; pero que por lo menos están ahí, brillantes, con sus pilotos y sus lucecitas; no son ideas ni sermones... (*Otro cambio.*) Lo siento, Marcos, sigue.

MARCOS.—(*A CLAUDIO.*) De lo que Diana ha dicho,

más o menos en broma, se deduce que no ha de aguardarse a la persona predestinada y portentosa. «¿Por qué no te enamoraste?», le preguntaron a un viejo. «Porque esperaba a la mujer perfecta.» «¿No encontraste ninguna?» «Sí; una vez.» «¿Y qué pasó?» «Pues que ella también buscaba al hombre perfecto.»

CLAUDIO.—Y yo deduzco...

DIANA.—(Lo interrumpe.) Claudio, me tienes en un grito. Yo tampoco te había visto nunca así, tan deductivo.

CLAUDIO.—(Continúa.)... que ni siquiera hay que seducir en el amor, sino ofrecerse. Porque no es un truco, sino un regalo. Y si estás pendiente de lo que quieres conseguir, no conseguirás nada.

DIANA.—Firmado: Yo, Claudio. ¡Viva!

CLAUDIO.—(A MARCOS.) ¿Voy bien?

MARCOS.—(Afirma.) El amor es un signo de madurez que a su vez nos madura. No se concentra: se desborda. Por eso tampoco es permanente: cambia o se va. Pero mientras dura es eterno... Eterno y de cristal. Igual que un sueño.

CLAUDIO.—(Muy interesado.) ¿Igual que un sueño?

MARCOS.—(Afirma otra vez.) Y cuanto más instruido se es, menos dura el amor.

CLAUDIO.—(A DIANA.) Es cierto que la gente más culta se divorcia más. Será porque tiene más dinero.

DIANA.—(A CLAUDIO.) Qué mercantilista y qué clasicista. No, sino porque es más susceptible de decepcionar y de decepcionarse.

MARCOS.—Pero en una sola rosa caben todas las primaveras... Como la luz rodea a la llama, el amor rodea a los amantes. Lo estoy viendo a vuestro alrededor.

DIANA.—(Dispuesta a fastidiar.) Yo no veo nada. (Mira por todas partes.) Nada. Nada.

MARCOS.—No te molestes, buscar el amor es como buscar un tigre cuando uno está sentado encima de él... Ahora voy a daros una receta para hacerlo con mayor duración y más placer.

DIANA.—(A CLAUDIO.) Tú, aprende.

CLAUDIO.—Y tú.

MARCOS.—En primer lugar, mientras más rápida sea la respiración, menos durará el acto; hay que respirar con placidez.

DIANA.—(A CLAUDIO.) Nada de aj, aj, aj... (Simula falta de resuello.)

MARCOS.—En segundo lugar, la atención ha de concentrarse aquí, en medio de los ojos. Si se consigue, la intensidad puede durar hasta tres horas.

CLAUDIO.—Qué exageración.

DIANA.—Dirás qué vergüenza: tú, con tus tres segundos...

MARCOS.—Deja en paz a Claudio. En tercer lugar, hay que llegar a la cama con el mismo respeto que a un altar, sin rencores, en paz... Así se sube el primer peldaño para llegar a lo más alto. Porque entre la plenitud del amor y la eterna no hay comparación: una es como este ruido (Golpea la mesa.); la otra, la música de las estrellas.

DIANA.—Yo, por ahora, me conformo con el ruido. (*Golpea la mesa.*) No siento nada. (*Vuelve a golpear.*) Debo de ser frígida.

MARCOS.—Entre ellas hay la misma diferencia que entre esa lámpara y el sol.

DIANA.—Pero que un hombre no pueda recorrer un kilómetro por segundo no es obstáculo para que aprenda a andar.

MARCOS.—(*Se ríe.*) Tienes razón... Si las corrientes de los dos cuerpos coinciden y se abrazan desde lo más profundo, puede verse —yo he llegado a verla— una luz en la oscuridad.

DIANA.—Qué potra. Será lo que llaman el séptimo cielo. (*Mira a los dos muchachos.*) ¿Probamos? Yo noto ya vuestras corrientes. Me arrastran... (*Finge un estornudo.*) Me constipé: sólo sirven para eso.

MARCOS.—Es una premonición, un relámpago, una promesa de la luz verdadera... (*Cambio.*) Pero, de todas formas, no hay que tomar el sexo completamente en serio. (*A CLAUDIO.*) No hay que atormentarse. Para declarar nuestro amor debemos sonreír. O reír, porque la risa es de niños y de locos: los mejores maestros. (*Se levanta para disponer en su lugar los cojines.*)

DIANA.—Las mujeres deberíamos utilizar vibradores, o invitar a los amigos de nuestras parejas para que nos dieran una satisfacción completa. Eso no es muy serio, y además es muy práctico.

CLAUDIO.—Claro, y luego el marido os parecería un chiquilicuatro y un blandengue.

MARCOS.—Salvo que hubiese amor. (*Tropieza en la lámpara a la que antes había aludido.*) Jolín, qué golpe. (*DIANA suelta una carcajada.*) No le veo la gracia.

DIANA.—¿No hablabas de reír? Pues ya que no pasamos a mayores, riamos por lo menos.

MARCOS.—Venga, a meditar, que es la vía más segura para encontrarnos con nosotros mismos... Tenemos ya las ropas sueltas, los almohadones... A ver: piernas cruzadas; el pie derecho sobre el muslo izquierdo; el pie izquierdo sobre el muslo derecho. (*Se balancea DIANA. Ríen los jóvenes.*) Posición loto: brazos y piernas hacia dentro, y apuntando al estómago, que se convierte en el centro del ser.

DIANA.—Comprendo que se haga más el sexo que la meditación: resulta más sencillo.

MARCOS.—Cómo se ve que no lo has hecho bien...

DIANA.—(*Trata de levantarse.*) Pues manos a la obra.

MARCOS.—(*La recoloca.*) La espalda, derecha. La mano, en el regazo: la izquierda, con la palma hacia arriba, sobre la palma derecha, y las puntas de los dedos unidas. Erguida esa cabeza, con las orejas en el plano de los hombros y la nariz en el plano del ombligo...

DIANA.—Qué manera más rara de decir «te quiero». (*Ríen.*)

MARCOS.—Sin cachondeos. Los ojos abiertos y fijos en un punto del suelo, a unos sesenta y cinco centímetros.

DIANA.—Ahí hay una manchita.

MARCOS.—Quítala si te va a distraer. Vamos a coordinar con la respiración todo el organismo. Esta postura da al cuerpo una gran estabilidad... (CLAUDIO *se cae.*) siempre que se la adopte en forma adecuada, pazguato. Usa este cojín (*Se lo pone.*) para elevar tu culo sobre el nivel de tus piernas... Las dos rodillas y las nalgas son la base de un triángulo. (*Lo señala en DIANA.*)

DIANA.—A mí no me metas mano.

MARCOS.—Qué más quisieras... Una base firme. (*DIANA se balancea. Él la frena.*) He dicho firme... Reposo... Concentración... A respirar. Inhalar tanto aire como os haga falta. Por la nariz. No tan fuerte. Que el aire fluya con naturalidad. Que entre hasta la distensión del diafragma. Así... Expulsarlo con lentitud... Con lentitud... Del todo. Mientras inhaláis, contad uno. Inhalad, contad uno... Inhalad, contad dos... Con la mente sin desviarse de lo que hacéis... (*Nuevos balanceos.*) Otra vez. Cuando contéis uno, imaginaos que ese uno baja, baja, baja, hasta el estómago, y que se queda allí para recibir al dos... Inhalar... y al tres... No tratéis de alejar los demás pensamientos; sólo de concentraros en la cuenta... Tranquilidad total... Lo intentamos los tres juntos otra vez. (*Suena el teléfono.*) Lo cojo yo. (*Lo hace.*) Sí... Bien... De acuerdo. Bien. (*Cuelga.*) Diana: era una voz de hombre. Debes ir inmediatamente a tu casa.

DIANA.—(*Se pone en pie ayudada por los chicos.*) ¿No era mi madre?

MARCOS.—No, hablaba de su parte. Que vayas ahora mismo.

DIANA.—Algo le pasa a mi padre. Mientras respiraba he visto su cara.

CLAUDIO.—No digas tonterías.

DIANA.—¿Tienes tú las llaves del coche?

CLAUDIO.—No, te las di al llegar.

DIANA.—(*Las encuentra en el bolso.*) Sí. Me voy.

MARCOS.—(*La acompaña.*) Ve con cuidado, esta no es buena hora. (*Trata de bromear.*) Acuérdate de Hilarión Eslava.

DIANA.—No fui yo. Hasta luego.

CLAUDIO.—¿Te acompaño? Sí, te acompaño.

DIANA.—Prefiero ir sola. (*Sale y cierra la puerta.*)

CLAUDIO.—¿Qué crees tú que será?

MARCOS.—No quiero imaginarme nada.

CLAUDIO.—¿No irá Diana demasiado bebida?

MARCOS.—La he estado observando: no. Le gusta exagerar.

CLAUDIO.—(*Después de una breve pausa.*) ¿Y piensas que yo estoy demasiado bebido?

MARCOS.—Depende para qué.

CLAUDIO.—Para beber un poco más. (*Ríen los dos.*)

MARCOS.—Para eso, quizá sí: yo empiezo a verte un poquito borroso.

CLAUDIO.—La gente, cuando está borracha, se manifiesta tal cual es.

MARCOS.—Sí. *In vino veritas.*

CLAUDIO.—¿Qué?

MARCOS.—(*Claudicante.*) Nada.

CLAUDIO.—Por ejemplo, un holandés borracho, come sin parar; un italiano, canta; un francés, baila; un suizo, duerme; un inglés, se calla en un rincón; un alemán, llora; un ruso, reparte abrazos; un norteamericano, se pelea; un sueco, se mete debajo de la mesa.

MARCOS.—¿Y un español?

CLAUDIO.—Vomita. (*Ríen los dos. Una pausa.*) La otra noche soñé con algo muy raro, que eras tú.

MARCOS.—Cuéntame eso.

CLAUDIO.—(*Casi balbuceando, sin mirar a MARCOS, que tampoco lo mira.*) No eras tú, pero era como si tú estuvieses... Yo me veía acostado y me veía soñando; tú eras el sueño, el sueño entero. Yo me sumergía en él, y era dorado, y después rojizo, y tomaba los colores del arco iris. Y luego quería yo salir del sueño, salir de ti, y el sueño me perseguía, me abrazaba, igual que un mar por el que yo iba nadando, y entraba entre mis brazos y entre mis piernas y se enroscaba a mis costados... Era una sensación muy extraña, porque en ningún momento te vi a ti, pero sabía que eras tú y que me estaba ahogando en ti... Me desperté con mucha angustia, y al mismo tiempo me decepcionó no encontrarte a mi lado...

MARCOS.—(*Muy lentamente, después de una pausa en que los dos continúan sin mirarse.*) Todo hombre desea a veces ser una mujer, y viceversa. Cada ser

humano tiene en sí los dos sexos: un hombre es conscientemente hombre e inconscientemente mujer, y al contrario. Cuando el consciente está cansado o se adormece, el inconsciente surge desde su oscuridad y domina. En tu sueño, por ejemplo... (*Sonríe y mira a CLAUDIO, que lo mira también.*) Avanza, y te perseguiré. Si te quedas quieto y no avanzas, no... Pero no te pongas serio: jugando puede suceder todo. El juego es crear, renovar —renovarse—, inventar. Ni tú ni yo somos hombre o mujer; somos las dos cosas. No te abrumes. Si quieres, dejémoslas salir...

CLAUDIO.—No sé de qué me estás hablando.

MARCOS.—Sí lo sabes, y yo lo sé también. ¿Qué es eso de ser homosexual o heterosexual? Desde un punto de vista superior, nada: da igual ser una cosa que otra, o las dos, o ninguna. Sólo afecta a cada uno... (*Como ante un hallazgo.*) Conozco un modo de descansar el cuerpo. Me lo enseñaron en Macao...

CLAUDIO.—(*Trata de zafarse.*) ¿Qué habrá pasado en casa de Diana?

MARCOS.—Tumbate sobre los cojines y procura olvidarte de ti. El amor o es una forma de inocencia y una capacidad de maravillarse, o no es nada. Hay que estar a favor del misterio. Y de la embriaguez.

CLAUDIO.—Yo creo que de eso tengo ya bastante... (*Se deja caer sobre los almohadones.*)

MARCOS.—(*Arrodillado junto a él.*) Quizá un día consigamos entrar de la mano en un silencio comparti-

do. No tú y yo solos, muchos, cuantos más mejor... (*Se tumba sobre CLAUDIO.*) Así, miembro contra miembro... Abandónate, relájate. No te importe que se te descuelgue la mandíbula. No te importe abrir la boca y poner cara de tonto... (*Le hace leves toques en los sitios que menciona.*) Te desato el nudo del entrecejo... Te desato los párpados... Te desato las comisuras de los ojos... Las de los labios... El mentón... Te desato este brazo y su mano... Y este brazo y la suya... No te cierres, ábrete. Juega. Sé un niño; no un niño huérfano, sino rodeado de afecto... Te desato los músculos del vientre... Y de los muslos... No estemos a favor del hombre, ni a favor de la mujer. No te compliques, juega. Siente. En tu cuerpo las dos energías están disponibles. Eres tan atractivo como Diana... El atractivo es un don: compártelo, no lo uses nunca como arma de dominio... Un ser iluminado no es ni macho ni hembra: está por encima de esas posturas... El sexo es móvil, cambiante, divertido... (*Los brazos de CLAUDIO estrechan el cuerpo de MARCOS. Casi se besan. Suena impertinente el teléfono. MARCOS se levanta.*) Déjame a mí. (*Descuelga el teléfono. Escucha.*) Sí, hola... Qué horror. ¿Quieres que vayamos?... Sí, ven cuanto antes... Un beso. Te espero. Estoy aquí esperándote. No te quedes ahí. Ven cuanto antes... (*A CLAUDIO, sin colgar el teléfono.*) El padre de Diana se ha pegado un tiro en la boca.

(*Se hace el oscuro sobre los dos personajes frente a frente.*)

CUADRO TERCERO

Unos días después, en el apartamento de DIANA. Los cuatro personajes, agrupados, con una indumentaria muy casera. Escuchamos una conversación en marcha.

NIEVES.—Lo sé, lo sé, lo sé: me lo habéis explicado doscientas once veces, que se dice muy pronto. Pero todavía no comprendo cómo tu padre pudo llegar a eso.

DIANA.—(*Como quien habla a una niña.*) Mamá, al principio su negocio fue el de un intermediario entre sociedades y gentes con muchos millones disponibles. Él tenía su tinglado de empresas; había liquidez; la cuestión era dónde invertir. Papá se hizo un experto. Recibía dinero, que prestaba a sociedades especuladoras a intereses muy altos. Su buena fama se extendió. Llegó a tener un verdadero banco de dinero negro que funcionaba muy bien... Pero luego quiso beneficiarse no sólo

como intermediario, sino como capitalista... ¿Vas entendiendo?

NIEVES.—Dentro de mi modestia, sí; pero ¿ya qué importa?

DIANA.—(*Prosigue.*) Y se fue haciendo una bola cada día mayor. Él la pudo manejar en los buenos tiempos. Hasta que la crisis hundió el mercado especulativo, y lo aplastó la bola.

NIEVES.—De toda tu conferencia, lo único que entiendo de verdad es lo de la bola. Nos ha aplastado a todos.

DIANA.—Tú no tienes que preocuparte: hay una cuenta a tu nombre en la isla Gran Cayman.

NIEVES.—¿En dónde está esa isla del tesoro?

DIANA.—Ya te enterarás.

NIEVES.—En mis tiempos se decía que los duelos con pan son menos.

DIANA.—Y hoy también.

NIEVES.—Hoy ya no hay duelos. (*Saca algo de un pastillero.*) ¿Qué te decía en la carta que dejó a tu nombre?

DIANA.—El número de tu cuenta, y una orden, más que un consejo, para mí: que no siguiese, de ninguna manera, su ejemplo. Ni el de su vida... ni el de su muerte. (*NIEVES se ha levantado a por un vaso de agua.*) ¿Qué vas a tomar?

NIEVES.—Un tranquilizante.

DIANA.—¿Es que estás nerviosa?

NIEVES.—No, por eso lo tomo: porque debía de estar nerviosa y no lo estoy: algo malo me pasa.

DIANA.—No abuses, que bastante tenemos.

NIEVES.—Y tú no hagas el papel de madre, Diana, porque entonces sí que tendré que tomar tranquilizantes.

MARCOS.—No discutáis.

DIANA y NIEVES.—Esto no es discutir. (*Se miran y se sonríen.*)

NIEVES.—(*Pensativa.*) Ahora entiendo por qué he cambiado tanto. Bebía, trasnochaba, se encerraba hoias y horas en su despacho, no se ponía al teléfono, iba cada vez menos a su oficina... (*A DIANA.*) Como tú... Hay que ver qué poco nos conocemos unos a otros. Después de casi treinta años... Bueno, veinticinco.

DIANA.—Mamá, yo tengo veintiséis.

NIEVES.—Eres muy dueña.

CLAUDIO.—¿Os apetece que salgamos a cenar por ahí para distraernos?

DIANA.—Si mamá se ha venido a vivir aquí ha sido por huir de los entrometidos. Así que no vamos a exhibirnos en ningún restaurante.

NIEVES.—Yo no necesito comer. Lo que necesito es preguntarme en qué he gastado la vida y qué haré con la que me queda. Principalmente, lo segundo.

DIANA.—Hay viudas que van a conferencias, o a exposiciones, o se hacen amigas de artistas.

NIEVES.—Mira, no soy ninguna esnob. Eso lo pude haber hecho ya antes. A mí el arte me trae al fresco. Los

artistas no hacen más que mirarse sus ombligos, y yo prefiero que me miren el mío. O que lo intenten por lo menos.

MARCOS y CLAUDIO.—Muy bien. Di que sí. (*Hablan simultáneamente los dos mientras se miran.*)

MARCOS.—Harás lo que te salga de las meninges, que para eso las tienes.

NIEVES.—(*Severa.*) Yo no tengo eso... Y además temo aburrirme como hasta ahora. La fuerza de la costumbre.

MARCOS.—(*Cariñoso. Habla, evidentemente, no sólo para NIEVES. Se lo está diciendo a DIANA.*) Hasta ahora no has sido tú de veras. Nadie auténtico se aburre; nadie que haga lo que ha nacido para hacer. Tú no has nacido para apilar dinero, ni para tener éxito aquí o allí, ni para deslumbrar a tus amigas.

NIEVES.—Pues ya me dirás para lo que he nacido.

MARCOS.—Dítelo tú. Te aburrías porque no eras sincera contigo, ni te respetabas a ti misma. Arriésgate.

DIANA.—(*En voz baja.*) ¿Qué remedio me queda?

MARCOS.—(*Insistente.*) Arriésgate.

NIEVES.—(*Entre halagada y temerosa.*) ¿A mi edad? Bueno, bien mirada, tampoco es tanta.

MARCOS.—Rechaza lo que se te impuso. Desnúdate.

NIEVES.—Pero, ¿ahora mismo? Diana, este hombre es un tifón.

MARCOS.—Acéptate hasta lo más profundo, y luego rómpete de alegría. No respondas de nada ni de nadie, sólo de ti. (*Mira a NIEVES.*) ¿Qué te importa la edad?

Rompe esa cadena y todas las demás que te retienen. Salta; ya pensarás después. Si tienes la sensación de que te falta algo, alarga la mano y cógelo. Donde quiera que esté.

DIANA.—(*Reflexiva.*) Marcos tiene razón.

CLAUDIO.—Muchísima razón... Yo lo voy a intentar. ¿Quién iba a admitirme ahora en el bufete? Y maldita la gracia que me haría volver a él.

DIANA.—Siento como si alguien me empujase. Quizá es la tentación de la aventura... Empezar desde cero y crecer poco a poco, lo mismo que una planta pequeña. Da miedo ese vacío, ese viaje con todo lo que tienes a la espalda... Es decir, casi nada, porque estoy sin un duro... (*Con cierto reproche.*) Me han quitado la vida que tenía, y no me han dado aún otra... Antes sabía dónde estaba apoyada; ahora no tengo apoyo.

MARCOS.—Eres tú la que tienes que darte la vida nueva, y un apoyo distinto.

DIANA.—(*Desvalida.*) Ya antes me iba quedando sin pasado; pero la muerte de mi padre ha tachado lo que todavía estaba escrito aquí. Soy una página en blanco... ¿Cuál será mi futuro, si es que me queda alguno? Sin dinero, sin nadie...

MARCOS.—(*Rotundo.*) Tienes que inventarte el futuro y salir a su encuentro. Tienes que construirlo día a día. No preguntes por él.

DIANA.—(*Con firmeza.*) No quiero dejar de vivir ni un minuto. No quiero desaprovechar ni una mañana ni

una tarde, ni una experiencia de la libertad. No quiero cometer los mismos errores que mi padre: él se retiró al comprender que lo había perdido todo: no sólo el dinero, no, todo: la vida entera, todo.

NIEVES.—*(Que ha estado escuchando con indiferencia a los otros, en su propio discurso interior.)* Yo puedo parecer tonta y sin fundamento; pero estoy harta de dar sin recibir más que caprichos. Harta de no acordarme de que existo y de que los demás no se acuerden tampoco. Estoy resuelta a recordároslo.

CLAUDIO.—*(Pendiente de ella.)* No es preciso: te estamos viendo.

NIEVES.—Pues además de verme vais a oírme. *(A DIANA.)* La muerte de tu padre me ha dolido, no te digo que no; pero no me ha partido por el eje. En mi tierra se dice «en caso de duda, yo la viuda», y así ha sido. Supongo que todos sabéis que para mí había muerto hace ya mucho. Cuántas veces habré dicho «no puedo más», cansada de no tener marido y de estar calladita en mi rincón de oro. A menudo he pensado en el divorcio y en la separación. *(A DIANA.)* Por ti no lo hice, por esperar que te casases.

DIANA.—Pues vas dada, porque no entra en mis cálculos.

NIEVES.—Mejor. Así no estarás nunca hasta el finibusterre de oír eso de «las histerias de Nieves a quien nada contenta», «las depresiones que le dan a Nieves», «la menopausia de la pobre Nieves»...

DIANA.—*(En lo suyo.)* Qué estremecedora la impresión de haber perdido todo el tiempo, y de que ya no hay remedio...

NIEVES.—Todo tampoco, ¿eh?, aún queda... Ahora, que yo he sido la tonta de guardia de la casa. Allí estaba para recoger vuestros recados: «Nieves, que me voy a almorzar con dos amigos»; «mamá, que no voy a cenar». Con menos molestias podría haber atendido las reservas del mejor restaurante de Madrid. Y con un sueldo... No volveré a meterme entre pecho y espalda tres coñacs con tres botes de somnífero. *(CLAUDIO le pone las manos sobre los hombros.)*

DIANA.—¿Lo hiciste?

NIEVES.—Sí. Hace seis años. Un domingo en que tu padre se fue al fútbol, y tú a la sierra con este. *(Por CLAUDIO.)*

CLAUDIO.—Si hubiéramos sabido...

NIEVES.—Nadie sabe nunca nada. Nadie tiene la culpa: las cosas son así. Pero que tampoco tire nadie la primera piedra... Quizá no te enteraste: tu padre, ocho años atrás tuvo un bache muy gordo: no le salió un negocio tan bien como esperaba, y esperaba muchísimo. Yo me hice de almíbar con él. No me separé ni un minuto de su lado. Tú andabas preparando la selectividad. Fue cuando jugábamos a la oca, ¿te acuerdas qué manía tan sandia? Pues ya ves: de oca en oca. Superó el bajón a las mil maravillas. Volvió a encontrarse en plena forma, como a los veinticinco años. Tanto, que se echó una

novia de veintitrés, y a mí me archivó en los desvanes. Entonces fue lo del coñá y las píldoras... Al año y medio volvió a casa, sustituido por otro en brazos de su novia, y me mandó bajar de los desvanes para ir con él a cenas y saraos. Pero desde entonces ya nada fue lo mismo.

DIANA.—Hemos sido muy egoístas y muy ciegos. Pero hay arreglo aún: tienes cincuenta y tres años...

NIEVES.—Cuarenta y cinco en números redondos: tampoco hay que detallar tanto.

DIANA.—*(En lo suyo.)* Lo que cuenta es la posibilidad de cambiar de rumbo; de despertar cosas dormidas... O amordazadas.

CLAUDIO.—*(Como para sí.)* No hay que llevar la vida como un peso, sino como un obsequio prodigioso.

MARCOS.—Dedícate por completo a ti misma.

NIEVES.—*(A los tres, encantada de que la atiendan.)* ¿No será eso demasiado insolidario, como se dice ahora?

MARCOS.—Para darse a los otros se necesita estar lleno de uno mismo.

DIANA.—Para ser generoso hay que ser rico. En algo, no en dinero.

CLAUDIO.—Para decir yo te amo hay que poder decir primero yo.

DIANA.—Así es... Decir yo.

NIEVES.—*(En lo suyo.)* ¿Verdad que yo no debo arruinar esta oportunidad? Porque es la última. Nunca creí que llegaría.

CLAUDIO.—*(Al mismo tiempo que los otros dos.)* Claro que no.

MARCOS.—De ninguna manera.

DIANA.—No, por Dios.

NIEVES.—Se me ha cerrado una puerta, pero puedo abrir otra. Tengo ya la mano puesta en el picaporte.

DIANA.—¿Hablas de volver a casarte?

NIEVES.—Pero ¿qué te he hecho yo? Lo que no quieras para ti no lo quieras para el prójimo. Del matrimonio no he sacado nada bueno: sólo tú.

DIANA.—Y una pequeña fortuna.

NIEVES.—No es bastante para comprar una vida. Una vez que se tiene suficiente, el dinero no compensa de nada. *(Con desdén.)* Matrimonios... Yo se lo digo a cada cura que veo, lo conozca o no: «Si el matrimonio no es una institución lo que se dice humana, inútil que nos digáis que es divina.» Pero ellos no me escuchan. Claro, como los curas tienen el privilegio de no poder casarse por la Iglesia...

DIANA.—Pero una compañía sí que te buscarás *(Desde ahora los personajes hablan claramente de... de sus proyectos, entrecruzándose las miradas, con el pretexto de aconsejar a NIEVES.)* Por supuesto, con ciertas condiciones. Sin ellas, no hay tu tía. *(Las enumera.)* No tomar nunca el juego por lo trágico. Seguir siendo tú independiente y libre *(Mira a MARCOS.)*, y el acompañante también.

MARCOS.—No intervenir en su vida más íntima.

DIANA.—Ni él en la tuya.

MARCOS.—Así crearéis maravillosos recuerdos en común.

NIEVES.—Pero yo huyo de los recuerdos; quiero realidades.

DIANA.—Si lo amas, lo dejarás en cuanto tu amor se convierta en una carga para él...

MARCOS.—Y que él haga lo mismo.

NIEVES.—Eso es para los jóvenes, que empezáis cada día. Yo me agarraré al otro, y que caiga quien caiga.

MARCOS.—Confiar en alguien es darle libertad. Sin ella, no hay amor, sino prisiones... Ninguna primavera es eterna, por mucho que nos lo propongamos.

CLAUDIO.—Cuanto más nos lo propongamos, menos.

DIANA.—(*Resume.*) Con estas condiciones el amor seguirá siempre joven y hermoso.

CLAUDIO.—(*A NIEVES.*) Como tú.

MARCOS.—Y continuará más allá de la muerte, más allá de ti. Hasta que se enfríen las estrellas. (*Toma la cítara en las manos y la acaricia. Suenan unas notas, y se quedan vibrando.*)

NIEVES.—Qué bobadas: le estáis dando un curso de primeros auxilios a quien ya está, con un infarto, dentro de la UVI.

DIANA.—No; el corazón es igual que esa cítara, llena de música deseando salir. Alguien llega y la toca... Quien no ame, nunca sabrá la música que llevaba dentro: yo te lo garantizo.

CLAUDIO.—¿Y si el corazón no suena es que aquel sentimiento no era amor, o no lo era todavía?

MARCOS.—Era sólo deseo. (*A NIEVES.*) O ganas de conquista. (*A CLAUDIO.*) O simple curiosidad. (*A DIANA.*) O un afán de afirmarse frente a otro... Si hubiera sido amor, se habría oído la música.

NIEVES.—(*Remilgada y provocativa.*) Yo no la oí en mi vida. Y ahora, ya casi sorda, me venís con estas músicas celestiales. He gastado los años, pero ellos se han vengado gastándome a mí... No; no estoy para músicas.

DIANA.—(*Mirando a MARCOS.*) La gente tiene miedo; se queda en los umbrales del amor. Elige seguir siendo ella; miserable, sola, sorda, pero ella misma. Empezar un viaje sin saber si se regresará un día y perderse en el viaje: eso es amar. (*MARCOS cruza hacia ella.*)

NIEVES.—Nunca te he oído decir cosas tan lindas.

CLAUDIO.—Yo tampoco. Será la música del corazón.

MARCOS.—(*Mirando a DIANA.*) El amor es una locura, y a la vez la única cosa cuerda. Quien no lo tiene nada tiene: ni gracia, ni inteligencia, ni belleza. Sólo le queda ser rico o ser respetable: una mesa camilla o una cuenta corriente.

NIEVES.—(*Tenaz.*) Pero habéis dicho que no dura.

MARCOS.—Nada dura, ni nosotros tampoco.

DIANA.—La vida es un río, y nos arrastra; hay que beber en sus orillas, y bailar y besarse, antes de que la ocasión desaparezca.

CLAUDIO.—¿Estáis absolutamente convencidos de lo que decís?

DIANA y MARCOS.—Absolutamente convencidos.

NIEVES.—(*Apropiándose la conversación.*) Me habéis animado más de lo imprescindible: os lo agradezco. Voy a deciros lo que había pensado... (*Cambiante.*) He de encontrar mi propio paso (*A DIANA.*) para no hacerte tropezar a ti y no andar yo a la pata coja.

DIANA.—De mí no te preocupes.

NIEVES.—Tú eres yo de otro modo: ¿cómo no voy a preocuparme de ti, ahora que empiezo a ocuparme de mí misma?... (*Vuelve a su idea.*) Pues había pensado hacer un largo viaje con una amiga de la infancia —un poco como tu Teresa de Zamora—. Me he enterado, por su carta de pésame, que tuvo un cáncer y se salvó, y quiere, igual que yo, recuperar lo perdido y replantearse todo... Quizá me quede a vivir fuera de España: aquí ya me mira la gente de una manera rara después de lo de Epaminondas. (*A MARCOS.*) Sí, lo confieso: mi marido se llamaba Epaminondas. (*A DIANA.*) Tú vendrías a pasar temporadas conmigo, junto al que elijas de estos dos. Porque supongo que elegirás a uno... Y si no, con cualquiera: yo no soy tiquismiquis.

DIANA.—No volveré a cometer el error de elegir.

NIEVES.—(*Alarmada.*) Harás lo que gustes, como siempre... (*Se da un respiro.*) No es preciso participaros que, antes del viaje —o sea, mañana mismo—, me voy a meter en una clínica para que me den unos estironci-

tos en la cara y en algún otro sitio, que buena falta me hace. Nada del otro jueves, por supuesto... El otro día, en el espejo de un comercio, al pasar, creí ver a mi madre, y era yo. Cuando se producen esas confusiones, o necesitas gafas, o necesitas cirugía estética... (*A DIANA, señalando a los muchachos, más directamente.*) Pero entre uno y otro, tendrás tus preferencias.

DIANA.—(*Juguetona.*) Se dice que una mujer siempre escoge al más débil. Sin embargo, ¿el más débil es aquí Claudio, o (*Por MARCOS.*) el que aparentemente sostiene a los demás? ¿Y es cierto, por otra parte, que la mujer elige al más débil, o elige al hombre en que pueda afirmarse? ¿Y quién la afirma más: el más fuerte, o el que hace que ella se vea más fuerte porque él la necesita?

NIEVES.—Qué rompecabezas. Contéstame sin acertijos: ¿tú a quién quieres? Ya te diré por qué te lo pregunto.

DIANA.—Lo que quiero es no romper con ninguno. (*A los dos.*) ¿Es que vosotros sois incompatibles?

NIEVES.—(*Tras una pausa.*) ¿Los tres? Creo haberme modernizado, pero quizá no tanto. No seas acaparadora... Si te interesa Claudio, cosa que no me extraña, me voy con Marcos, que ha de ser un magnífico compañero de viaje.

DIANA.—Claudio y yo hemos compartido ya nuestros secretos. Aunque no todos: no compartimos el secreto del mundo... Él debe ser ahora quien elija.

CLAUDIO.—No sé hacer nada. No tengo apenas nada:

sólo miedo a lo que pueda suceder. Pero a pesar del miedo, desearía algo distinto de lo que hasta ahora sucedió... No tengo ni un gramo de seguridad en mí: ¿quién podría quererme en estas circunstancias? Salvo que (*Señala a MARCOS.*) sea precisamente lo inseguro lo que vale, lo que al amor y a la aventura los hace prodigiosos... Os juro que estoy hasta aquí de miedo, pero he decidido ir con cualquiera de vosotros hasta donde me lleve.

DIANA.—(*Riendo.*) Qué tuyo es eso.

NIEVES.—Claudio ya habló. (*A DIANA.*) Por el contrario, si te interesa Marcos, cosa que tampoco me extraña, me voy de aquí con Claudio. Le ofrezco el más hermoso de los viajes, a él, tan aficionado a motos y automóviles... No trato de comprarlo; juego limpio: trato de parecerle amable simplemente. (*Sonríen ella y CLAUDIO.*)

DIANA.—(*A MARCOS.*) Cuando viniste por primera vez a esta casa yo era tonta, tanto que ni me daba cuenta de que lo era. Ahora he abierto los ojos. Y ni puedo ni quiero prescindir ya de ti... Si tú me eliges. (*Se miran intensamente.*)

NIEVES.—(*A CLAUDIO.*) Te advierto que no soy una hambrienta y que llamo amor a muchas cosas que probablemente tú, tan inseguro, llamas de otra manera... La cabeza puede perderse a los veinte, pero no a los cuarenta.

DIANA.—Y tantos, mamá. Y tantos.

NIEVES.—No seas atroz, Diana. (*A CLAUDIO.*) El peligro de enamorarme me aterra más que a ti.

CLAUDIO.—Seamos, pues, amigos: los mejores amigos. Dios dirá.

DIANA.—(*Sin dejar de mirar a MARCOS.*) Mejor será que lo digáis vosotros. (*MARCOS, cómplice, sonríe.*)

NIEVES.—Pensarán al vernos: «Es su hijo.» Siempre me gustó tener uno, y más aún viajar con él del brazo.

CLAUDIO.—A mí me habría gustado tener madre: una madre tan comprensiva y tan rumbosa y tan muchas cosas más. Y también ir del brazo con ella a todas partes.

DIANA.—Quizá yo tenga que andar sola, sin brazo al que cogerme. Pobre y sin nadie. (*A MARCOS, recuperando su genio.*) No seas idiota, y contesta de una vez, ¿qué dices?

MARCOS.—(*Después de una pausa.*) Que a una diana que se movía tanto no había flechazo que le diera. Por eso, desde el primer momento, traté de que viniese ella en busca de la flecha. Desde el mismo momento en que te vi, y supe que tenías que ser mía, porque yo ya era tuyo; que tenía que llenarme contigo, porque me había vaciado de mí para ir en tu busca.

DIANA.—(*Sonríe, radiante.*) ¿Nada más que eso dices?

MARCOS.—Y que voy a llamar a Teresa la de Zamora, que hizo de mandadera del destino con su falso atropello en Hilarión Eslava.

NIEVES.—Esta gente (*Por los otros dos.*) se va a echar a las carreteras, puedes jurarlo. Ni tú ni yo estamos para sacos de dormir, sino para el lujo y la pasión. Porque no

voy a repetirte que puedo ser tu madre, lo que salta a la vista, sino que puedo ser tu amante, lo que a tu edad tiene cierta pimienta, no sé por cuánto tiempo... Mi corazón no es un moribundo todavía. Creo que a fuerza de no usarlo está bastante más joven que yo, el cochino inoportuno.

CLAUDIO.—¿No estabas en la UVI? Debo reconocer que siempre me gustaste... Tendré cuidado con ese corazón en pie de guerra.

NIEVES.—Yo no necesito reconocer que me gustaste siempre: ¿a quién le amarga un dulce?... Y más cuidado tendrías que tener con un corazón deshabitado y frío. Que nunca sea así el tuyo.

CLAUDIO.—(A DIANA.) Tú, ¿qué opinas? Al fin y al cabo, eres su hija.

DIANA.—Al fin y al cabo, no: desde el principio... Todo está bien. Opino que a ti te he querido más tiempo, y que con Marcos el tiempo no ha contado. No sé qué será de vosotros, ni siquiera qué será de nosotros. Pero cualquiera de los dos, o los dos juntos, siempre tendréis, mientras dure el amor —y depende de nosotros que dure—, un sitio en nuestro corazón. (Se vuelve a MARCOS.) Quizá soy masoquista. Hazme daño otra vez. Hazme llorar. ¿No ves que no puedo dejar de sonreír? (Se besan.)

MARCOS.—Sonríe o llora, da lo mismo: todo está bien.

DIANA.—Te amo. Y siempre te amaré. Quiero vivir y que tú seas la vida.

MARCOS.—Quiero vivir y que tú seas mi vida... Cada mañana lo repetiremos: cada mañana al despertar.

DIANA.—Te amo más que a la felicidad y a la alegría. Más que a esta noche tan caliente. Te amo más que al amor.

MARCOS.—¿Ya es de noche? No me importa saber si brilla el sol o no. Tú eres mi luz. Ya todo está en tus manos.

NIEVES.—(A CLAUDIO.) Ya todo está en tus manos.

DIANA.—Desde ahora, mis manos son las tuyas. (Las tienen entrelazadas.) Que nuestra vida sea igual que una canción. Igual que tu canción de *Los bellos durmientes*... Nuestros corazones —por fin, por fin, por fin— están cantando. Se han despertado y han roto a cantar.

(Con la música de la canción de *Los bellos durmientes*, que ha comenzado a sonar unos momentos antes, va, lentísimamente, cayendo el

TELÓN)